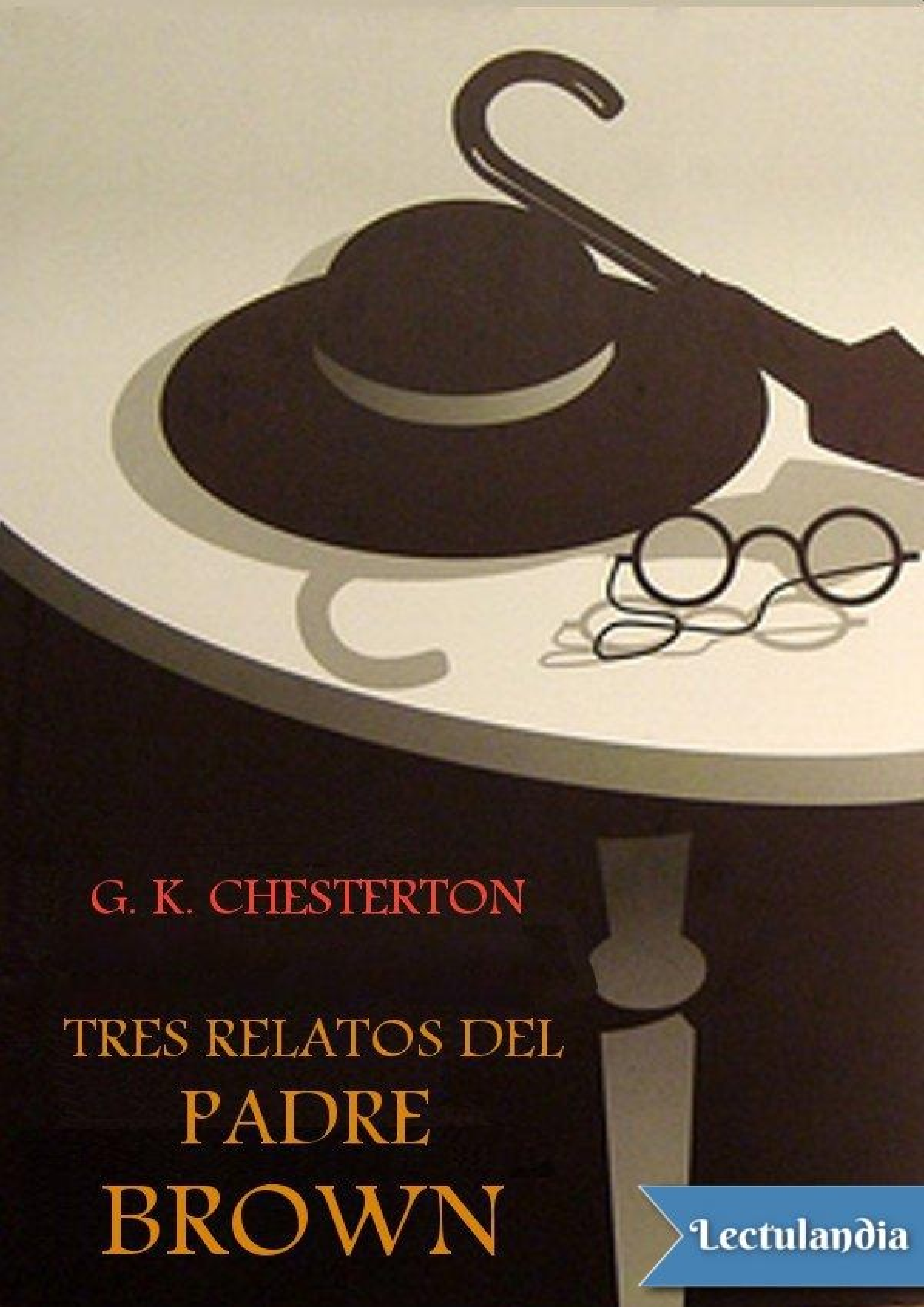

G. K. CHESTERTON
TRES RELATOS DEL
PADRE
BROWN
Lectulandia

En su mayoría, los relatos del padre Brown se publicaron originalmente en diversas revistas inglesas y americanas —como *Cassell's, Stroy-teller, Pall Mall* o *Nash's*— entre los años 1910 y 1935, y posteriormente se reunieron en cinco volúmenes sucesivos: *El candor del padre Brown, La sagacidad del padre Brown, La incredulidad del padre Brown, El secreto del padre Brown* y *El escándalo del padre Brown*.

Sin embargo, tras la muerte de Chesterton, aparecieron todavía varios relatos. El primero fue «La vampiresa del pueblo», que se publicó por primera vez en una edición privada de 1947 y que no se incluyó al final de *El escándalo del padre Brown* hasta 1951; a éste le siguieron «El secreto del padre Brown» y «El secreto de Flambeau», que pasaron a formar parte de *El secreto del padre Brown*.

«El caso Donnington» se descubrió en 1981. Se trata de una obra escrita en colaboración con el autor de novelas policíacas sir Arthur Pemberton (1863-1950). Pemberton escribió la primera parte para el número de octubre de 1914 de la hoy olvidada revista *The Premier*. Por previo acuerdo, se enviaron las galeradas a Chesterton, quien introdujo al padre Brown en la historia y propuso una solución al misterio. Ésta última se publicó en el número de noviembre.

«La Máscara de Midas», que Chesterton escribió el último año de su vida, cuando estaba ya gravemente enfermo, no se descubrió hasta hace unos pocos años, en 1991, en forma de fotocopia del manuscrito original. El texto había sido mecanografiado por Dorothy Collins, en tiempos secretaria de Chesterton, e incluía numerosas correcciones de puño y letra y varias notas del propio escritor. En el encabezamiento, Collins escribió las indicaciones «Nueva serie, nº 2» y «No publicar».

Al parecer, «La vampiresa del pueblo» era el primer relato de la citada «Nueva serie», mientras que «La máscara de Midas», por algún motivo que desconocemos, no debía publicarse. En cualquier caso, es evidente el interés de este último relato, que es también el último escrito por Chesterton y, hasta ahora, el más recientemente descubierto.

Lectulandia

G. K. Chesterton

Tres relatos del padre Brown

El caso Donnington. La vampiresa del pueblo. La máscara de Midas

ePub r1.0

IbnKhaldun 13.08.13

Títulos originales: «*The Donnington Affair*» (1914, en colaboración con Max Pemberton), «*The Vampire of the Village*» (1936) y «*The Mask of Midas*» (1936)
G. K. Chesterton, 1914

Editor digital: IbnKhaldun
Aporte de los textos: jascnet
ePub base r1.0

El caso Donnington[1]

Max Pemberton expone el enigma del caso Donnington

El siguiente relato sobre el caso Donnington ha sido escrito según las notas originales que tomó el sacerdote adscrito a la parroquia de Borrow-in-the-Vale.

John Barrington Cope vino a Sussex desde el King's College (Cambridge) a una edad en la que el anciano vicario del lugar no podía, sin ayuda, llevar a cabo ni siquiera las agradables tareas propias de este cargo rural.

Llevaba casi dos años en Borrow cuando ocurrió la tragedia. Este hombre, de considerable formación académica, se hizo cargo, casi de inmediato, de la magnitud del misterio, y, sin pérdida de tiempo, puso por escrito una ordenada declaración de los hechos, tal y como él los percibió.

Estaba prometido con Harriet, la hermana de Evelyn Donnington, y disfrutaba como de casa propia de la mansión Borrington Close, frecuentándola prácticamente a diario. Fue él quien sugirió que viniera una persona desde Londres para investigar un caso que, desde el principio, iba a provocar desconcierto, tanto en la investigación policial, como en el público.

Las notas del señor Cope se tomaron, inicialmente, para que las considerase el padre Brown. Exponerlas con más detalle parece ser el mejor modo de poner a disposición del público los rasgos más destacados de este asombroso suceso.

I

Mi nombre es John Barrington Cope, y fui sacerdote adscrito a la parroquia de Borrow-in-the-Vale durante veintiún meses.

La última vez que vi a Evelyn Donnington con vida fue el domingo por la noche a las diez y cuarto en punto. Cené en Borrow Close, como era mi costumbre casi todos los domingos desde que vine a la parroquia. El hecho de que mi prometida, Harriet Donnington estuviera, y siga todavía en Bath, no alteraba las cosas.

El señor Borrow Donnington era un hombre de pocos amigos. No era un sujeto que disfrutara de la compañía de otros hombres, ni tampoco de la compañía de mujeres. Puede que yo lo comprendiera mejor que sus congéneres, y por eso se me recibía en Borrow Close mejor que en cualquier otra casa.

Vi a Evelyn Donnington, viva y con salud, a las diez y cuarto el domingo pasado, 24 de julio, por la noche. Vino conmigo al porche para hablarme de una carta que recibió de Harriet el día anterior, y allí le di las buenas noches.

La casa del párroco se encuentra aproximadamente a un tercio de milla cruzando el bosque. Como mejor se llega es por un camino que atraviesa un lugar conocido como el Adam's Thicket. El recorrido es oscuro y está cubierto por hayas, que le dan a Borrow su fama. No vi señales de vida durante mi vuelta a casa, ni percibí ningún ruido que me pareciera extraño o siniestro. Dos horas más tarde, un sirviente de Borrow Close me despertó para comunicarme que Evelyn estaba muerta.

—Asesinada, señor —dijo sofocado. Y, sin decir más, se volvió y corrió precipitadamente a la casa del doctor.

Estaba ligeramente dormido cuando la llamada de este hombre me despertó. Hubo muchos problemas en Borrow Close desde que llegué a la parroquia. La gente estaba muy al tanto de ello, y era conocida la deshonra que había invadido a la familia Donnington. Cualquier condolencia que se sustraía al señor Borrow Donnington se prodigaba inmediatamente a sus hijas.

Para mí Evelyn era ya como una hermana. Iba a casarme con Harriet en septiembre. Dios sabe lo que nos espera a partir de ahora.

La gente suele ridiculizar los augurios. Sin embargo, con frecuencia no son sino el anuncio lógico de una declaración de guerra de la mente contra el optimismo. Aunque el caso de Southby Donnington parecía haberse resuelto con su condena y encarcelamiento, rechacé desde el principio que la cuestión terminara ahí; y, precisamente, era con Southby Donnington, el hijo único del señor Borrow, con quien estaba soñando cuando el sirviente me despertó.

¡Qué episodio más sarcástico para la historia de la naturaleza humana! ¡Un hijo único y un padre rico! Por un lado, un derroche sin restricción, y por otro, una

avaricia extraordinaria, alimentada con un férreo egoísmo.

Southby Donnington había sido enviado a Eton y al Trinity (Cambridge) como aspirante al Ejército. Un desgraciado incidente en un juego de apuestas en Londres, con la comparecencia consiguiente en la comisaría de policía, dio por finalizado el primer trimestre de sus estudios universitarios. Ni siquiera fue capaz de superar el sencillo examen para ingresar en Sandhurst; y no se le veía ninguna otra vocación. El hombre se abandonó en el peligroso mar de los suburbios londinenses. En vano rogaron clemencia sus hermanas al señor Borrow. El barón había dado por finalizada la relación con su hijo. Era un individuo con una voluntad de hierro que nada podía torcer, juró que Southby nunca entraría en su casa otra vez. Esto provocó la desgracia.

Tuvimos noticia de la detención del muchacho en Londres, bajo cargo de falsedad. Fue emplazado a juicio, defendido en el juzgado de Old Bailey con el dinero que sus hermanas le pudieron proporcionar, y fue condenado a tres años de pena de presidio. Supimos que lo llevaron a Wormwood Scrubs, y nueve meses después estaba en Parkhurst.

No hay espacio aquí para profundizar en los secretos de esta afligida familia, ni en las secuelas de esta pérdida dolorosa.

Borrow Close es una antigua mansión situada entre el bosque de Ashdown y Crowborough. Siempre se ha mantenido distante de la gente y de la vida local, y no hay lugar al sur de Inglaterra tan maravilloso como ella en su solitaria ubicación.

Todo discurría con referencia al bosque, que era prácticamente virgen; con maleza abundante, tan densa que ningún pie pudo haberla atravesado, y cenagales y arboledas, entre las que el mediodía no era sino un pálido reflejo de luz. Muy pocos se admitían en la casa, incluso en la época en la que Lady Donnington era la señora. Desde su muerte el aislamiento era típicamente medieval. El viejo barón no tenía nada en común con sus vecinos; sus hijas le temían, y vivían como de puntillas, pensando que si hablaban por encima de un susurro de voz, despertarían la curiosidad más allá de las verjas de la casa.

Es cierto que Southby despreciaba la inviolabilidad de este retiro, a pesar del disgusto del barón. Grupos de estudiantes desenfrenados lo convertían en su «cielo» durante las vacaciones. La belleza de Evelyn y Harriet no era ignorada en los claustros de Cambridge; sin embargo, pocos chicos tenían el coraje de insistir. Incluso Southby mismo se asombró cuando el capitán Willy Kennington apareció súbitamente en escena pretendiendo la mano de Evelyn, venciendo incluso la repulsa que le provocó el feroz intento de disuasión por parte del señor Borrow.

El capitán Kennington había coincidido con Evelyn en la casa de su tía en Kensington, unos tres meses antes de la desgracia. Sus cualidades femeninas podían encantar a cualquier hombre que la conociera, y no me extraña que al joven soldado

se le hubieran desvelado.

Sencilla de pensamiento, audaz ante la vida, y dotada de una imaginación estimulada por años de lectura solitaria, parecía ser al mismo tiempo la madre y el niño; con una sabiduría que no correspondía a su edad, a la vez que sufría de esos ideales por los que, con frecuencia, las mujeres han de pagar tanto. Por temor a su padre se prohibía a sí misma secundar los avances que el soldado iba imponiendo en su corazón. Regresó a Borrow Close y el capitán fue enseguida detrás de ella.

Cuál fue mi asombro, unos días después, al oír que el señor Borrow rechazó cualquier discusión sobre el asunto, y en uno de esos arrebatos de violencia, que ni Dios ni hombre alguno puede entender, expulsó al capitán de su casa.

En justicia con el capitán, Southby jugó su papel de varón en el caso, intercediendo cordialmente en favor de su hermana. Viajó desde Sudáfrica ex profeso con esta intención. La escena entre padre e hijo en Close Borrow se recuerda como la culminación de un proceso de distanciamiento, tan vergonzoso para uno como para otro. Discurrió bajo el dominio de la pasión, que al final lo dominó. En adelante, estos dos hombres no han vuelto a cruzar palabra.

Tres meses después Southby era condenado, y yo seguía siendo el único que visitaba al barón en esta época de deshonra.

II

Éstos fueron los acontecimientos durante los dieciséis meses siguientes. Yo renuncié a cualquier tentación de obsesionarme con el íntimo dolor que prosiguió a la condena. «El mal que el hombre hace le sobrevive», y, mientras que, para el resto del mundo, la tragedia no fue más que una noticia que animaba la rutina habitual, en la casa de los Borrow penetró hondamente. El viejo barón dejó de recibir las visitas de los pocos amigos que hasta entonces eran admitidos en su casa. Cerró las puertas al pasado y al futuro por igual. Sus hijas no veían sino a los criados y a mí. A su vez, sus vecinos le evitaban. La gente llegó a decir que el ansia de riqueza fue lo que llevó a Southby a delinquir y se convencieron de que el chico era menos culpable que su padre.

El único hombre que se mantuvo junto a la desolada familia fue el capitán Kennington, que tan poco le debía al barón. En esta hora oscura, volvió para pedir la mano de Evelyn otra vez. No hace falta decir que ella no aceptó. Un tipo raro de feminidad: el mero hecho de amarle constituía la barrera entre los dos. Sentía que nada podría borrar la vergüenza de la prisión de su hermano ni minimizar sus consecuencias. Éstas no se recogieron en la prisión de Parkhurst, sino allí, en aquella antigua casa, en la que las mujeres cosechaban con la hoz de su llanto.

Gracias a Dios, la pérdida de Southby sólo afectó superficialmente a mi relación con Harriet. Nos conocíamos tan bien antes de que llegara este trance, que éste no hizo más que sellar nuestro sentido de ayuda mutua y de sacrificio. Y, aunque sabía que ella no se casaría conmigo inmediatamente, dejé que el futuro nos condujese como mejor convenía. El mismo señor Donnington parecía encontrar, en su relación conmigo, el único consuelo en el declive de su vida. No iba a la iglesia, pero yo los visitaba temprano cada domingo para el culto, y siempre volvía a su casa para cenar mientras viví allí.

Pasaron los meses, y el tiempo, que lo sana todo, vino en nuestra ayuda. La amargura del miedo y de la duda pasó, y la reemplazó una decidida intención de afrontar el futuro. Hicimos muchos planes para Southby cuando saliera de prisión, y proyectamos que podría recomenzar en una granja en Sudáfrica, si conseguíamos instalarla. Kennington incluso llegó a visitarle y ver al condenado en la prisión, dada la circunstancia de que, ocasionalmente, su padre era uno de los inspectores, y pudo beneficiarse de un permiso.

Nos dijo que encontró a Southby bastante resignado con su destino, y habló de él como de un hombre convencido de que no había cometido delito alguno, y de que había sido víctima de quienes le traicionaron al descubrir que no podían extorsionar al barón.

Parkhurst parece ser una prisión para caballeros, y Southby tenía allí una

compañía aristocrática. Puedo afirmar que había escaso sentido del humor, y ello se reflejaba en la obstinación por mantener las aspiraciones sociales que afligen a las personas, incluso cuando están en prisión. Se consideraba mejor servir a un *lord* que ganarse honestamente la vida entre la plebe.

Kennington habló de alegría y satisfacción, pero después me acordé de una frase de su carta que debió haber llamado mi atención. La cárcel provoca camaraderías extrañas, y Southby, en la medida en que se puede tener un confidente estando cautivo, había encontrado uno que se llamaba Mester.

—Este individuo —dijo Kennington— tiene el alma más jovial posible. Recibió una buena educación en Francia, donde después se malogró. Trabajó de chofer de un barón austríaco; ingresó en una fábrica de automóviles en Suresnes, después se dedicó a la aviación en Issy, y, finalmente, se le acusó de un cruel asalto y tentativa de robo de una anciana mujer en Dover, que iba a ayudarle a iniciar allí un negocio de automóviles.

Mester afirmó hasta la saciedad que el delito se debía imputar a otros. Adujo que él fue la víctima de las circunstancias, y que las pruebas en las que se basaba la acusación de la policía eran falsas. Sin embargo, se le declaró culpable y se le condenó a cuatro años de prisión al día siguiente de que Southby recibiera la suya.

Entre los dos surgió una curiosa amistad. Ambos estaban convencidos de haber sido condenados injustamente, y podían simpatizar entre sí. Y, así como Mester declaró que haría entrar en razón al viejo barón cuando saliera, Southby se interesó por la historia de Mester, y pediría a unos antiguos colegas suyos de la prensa que la investigaran.

Como se sabe, un gran novelista ya se ha ocupado del asunto, y está convencido de su inocencia. Es verdad que a una persona de carácter inestable y, sin ninguna duda, relacionado con criminales, puede concedérsele el beneficio de la duda de si cometió el grave crimen, y también abrigar la hipótesis de que la policía haya podido errar.

El mismo Mester no dudó en afirmar que si pudiera liberarse durante un mes, demostraría su inocencia fuera de toda duda. Estaba tan convencido de ello que le dijo abiertamente a Southby que se escaparía de Parkhurst si se le presentara la oportunidad.

Yo no pensé en nada de esto entonces, aunque es evidente que la tentación de escaparse debe ser frecuente en los prisioneros en los que el crimen no ha llegado a constituir un hábito y la celda un refugio. Confieso, sin embargo, que no es precisamente estupor lo que sentí cuando, unas semanas después, al abrir el periódico de la mañana, leí que los dos hombres habían huido de Parkhurst, y, que, a pesar de la persecución policial, seguían fugados.

—Southby y Mester —me dije a mí mismo. Y no estaba equivocado, como a

continuación se verá.

III

Podría llamarse a esto, si se quiere, un trastorno que me llevó de inmediato a Borrow Close con la noticia. Al señor Borrow no le dije nada, temiendo el efecto que podría producir en una mente tan perturbada; pero Evelyn y Harriet me escucharon con ansiedad, y empecé a sospechar que la primera ya conocía la historia. Esto no me sorprendió al principio tanto como debiera haberlo hecho. Pensé que habría recibido alguna carta de Southby mismo, pero si hubiese reflexionado un poco, habría percibido que, dadas las circunstancias, esto difícilmente era posible.

El hombre se había fugado ayer, y aunque la carta se hubiera enviado la tarde anterior desde la Isla de Wight o desde el continente, no habría llegado a Borrow Close a las nueve en punto. Más tarde descubrí accidentalmente que el capitán Kennington confirmó dicha posibilidad con una carta suya que se había recibido el día anterior. Los pensamientos que esto me sugirió los reservé exclusivamente para mí. Lo inmediato era el nerviosismo que la noticia produjo en la casa, y los trascendentales sucesos que seguirían después.

Por mi parte, pensé que los fugitivos serían capturados de inmediato, y ello pondría fin a la historia. Así, la fuga, sucintamente narrada por los periódicos, quedaría admirablemente resuelta. Al parecer, escalaron un muro alto cuando una bruma densa, que provenía del continente, fluía sobre la isla; después cruzaron un recinto en el que otros reclusos estaban trabajando; escalaron un segundo muro con la ayuda de una escala de seda que dejaron abandonada, y de esta forma se abrieron paso hasta el mar.

Las autoridades dieron por supuesto que la huida se frustró ahí, y que no habrían podido llegar al continente; pero llegó otra información sobre una misteriosa lancha motora, que había sido vista zarpando recientemente de St. Catherine's Point, y, supuesta la relación de Mester con la asociación de marineros y con sus miembros menos deseables, el cronista opinaba que había una conexión con el asunto. He de reconocer que esto me pareció una deducción plausible. Estos tipos huidizos suelen ser más inteligentes de lo habitual, tienen una audacia probada y recursos abundantes. Entonces percibí la razón de la amistad de Southby con este mecánico detestable, y entendí que se habían comprometido a llevar a cabo juntos el plan. Hasta el momento parecía que lo habían logrado.

Era un poco antes de las nueve cuando llegué a Close Borrow, y no me fui hasta después del almuerzo. Como era habitual, durante la mañana, el señor Borrow estuvo paseando por su jardín, y le acompañé un rato mientras me hablaba de alguna que otra planta, que yo ya conocía, pero sin mencionar en ningún momento al hijo que le iba a suceder en su espléndida herencia. Cuando se retiró a su despacho a las doce en

punto, yo me fui aparte con sus hijas para reanudar la conversación, que tanta importancia tenía para nosotros. Obviamente, nos hicimos muchas preguntas que no podíamos contestar: ¿Dónde iría Southby si hubiese llegado al continente? ¿Cómo conseguiría dinero? ¿Volvería a Borrow?

—Si viene aquí —dije—, ¡está perdido! ¡Es el primer sitio que vigilará la policía!

Harriet estaba de acuerdo conmigo en este punto. Sin embargo, ¿dónde podría ir Southby sin posibilidad de conseguir dinero, que, en definitiva, era la única forma de asegurar el éxito de la huida?

Pensamos en muchos lugares, pero sólo nos convencía uno de ellos. La hermana del señor Borrow, la anciana Lady Rosmar, vivía entonces en Bath. Mostraba un afecto incondicional al muchacho, y puede que mantuviera su amistad hacia él, incluso en una situación de emergencia como ésta si Southby apareciese allí. Decidimos que Harriet se fuera a Bath sin más dilación, por si pudiera ser allí de alguna ayuda. Mientras tanto, Evelyn y yo vigilaríamos y esperaríamos en Borrow. Solo Dios sabe lo que haríamos si el muchacho viniera, pero aun así creo que los dos rezábamos para que así fuera. Parecía imposible que pudiera evadir la persecución que iba a provocar esta fuga. Incluso en ese caso, ¿no deberíamos apoyarle, y ayudarle a comenzar una vida nueva que tanto puede prometer, una vez que verdaderamente se ha aprendido la lección?

La esperanza podría ser vana, pero era normal para quienes habían sufrido tanto, y las puertas de la prisión habían sido siempre el emblema de un terrible dolor. Creíamos que Southby vendría, y en diez días nuestra fe obtuvo justificación. Allí estaba él, en Borrow Close; la policía pisándole los talones; su propio padre ignorante de que lo escondía en su casa. A continuación contaré la historia de esta situación desesperada.

IV

Como dije, suponíamos que la casa estaría vigilada por la policía, y en esto no nos equivocamos.

En los pocos días anteriores a la vuelta de Southby, vi con frecuencia unos individuos desconocidos en el bosque, y más de una vez me pararon con la vaga pretensión de saber sobre el señor Borrow y sus asuntos. Este pretexto no podía engañar a nadie, y, afortunadamente, traté a estos sujetos con bastante franqueza.

—Usted es un agente de policía —le dije a uno de ellos. Y no lo negó.

—El chico vendrá aquí seguro, señor —fue su respuesta—. Y si viene, nos lo llevaremos. Todos los caminos en diez millas están vigilados.

Hablamos de otras cuestiones, pero principalmente de la huida. Oficialmente, la policía pensaba que había alguna complicidad con los guardas de la prisión, pero esto, evidentemente, yo lo desconocía.

—El joven tenía muchos amigos entre ellos —dijo el agente—, y en relación con Lionel Mester, conoce a la mitad de los criminales de Europa.

Le contesté que, en tal caso, se esperaría que los amigos en cuestión ocultasen a sus camaradas.

—Y es inútil buscar a esos hombres aquí —le dije—. ¿Sabe usted de la relación entre el señor Borrow y su hijo?

Se interesó mucho por esta cuestión, y me preguntó detenidamente sobre ello —un proceder que no me ofende en determinadas circunstancias—. Unos días después, una mujer americana y su hija me detuvieron en el bosque que rodea la mansión, aparentando gran interés por un lugar tan antiguo, y me preguntaron si era posible obtener permiso para visitarlo. Pude apreciar también que eran agentes de la policía, y las despisté con las excusas que se me ocurrieron en aquel momento. No hubiera importado entonces, ya que Southby no había venido todavía. Vino tres días más tarde, a altas horas de la noche, y los dos que lo supieron harían cualquier cosa en su favor. Fueron su hermana Evelyn y Wellman, el mayordomo, que quería a Southby como si fuera su propio hijo.

Fue Wellman mismo quien me dio la noticia la mañana siguiente a las nueve en punto. Vino a traerme una supuesta carta del señor Borrow, y hasta que no estuvimos solos en mi despacho, con la puerta cerrada, no se atrevió a hablar abiertamente.

—El señor Southby está en casa, señor —dijo en voz muy baja—, está en la habitación del cura.

Temí hablar inmediatamente. De súbito, tuve visiones del muchacho escapando de la persecución, a través del bosque que tan bien conocía, de matorral en matorral, hasta alcanzar esa honda cañada en la que hay una entrada subterránea a la casa. ¡Pensó en ella, cuando ninguno de nosotros nos acordábamos! Por supuesto que la

policía no la conocía. Los sirvientes mismos, excepto Wellman, ignoran la existencia de ese pasadizo, y en la localidad pensaban que se había perdido hacía mucho tiempo. El señor Borrow dejaba que así lo creyeran.

Tuvo la ocurrencia de que lo abrieran los ingenieros que vinieron de Londres para excavar su pozo artesiano. Le gustaba ir y venir libremente por él, para sorprender a los criados cuando menos lo esperaban. Y se servía también de la habitación del cura con el mismo propósito, o lo hacía hasta que sucedió la tragedia. Después ya nada le interesó. El aposento secreto permaneció cerrado desde la condena de Southby. Creo que todos los demás nos habíamos olvidado de su existencia.

Esta habitación se encuentra al final del extremo oeste de la larga galería. Allí hay una torre octogonal, con una escalera antigua de piedra, cuidadosamente labrada en el interior, aprovechando las paredes. Se gana acceso a la torre desde la galería, abriendo un panel a la derecha de una pequeña chimenea. La habitación está a los pies de un tramo de escalera, y se ilumina por medio de dos estrechas ventanas que asoman a las almenas. Están adornadas con vidrieras de colores del siglo catorce, que representan antiguos abades de Borrow vestidos con alba y casulla. La habitación es grande y espaciosa; tiene una chimenea y una alcoba en la que se encuentra la cama. Quien quiera ir desde ella al bosque ha de continuar bajando por la escalera hasta llegar a la antigua cripta, que se remonta a la época de los Sajones. El pasaje subterráneo conduce desde allí hasta el Adam’s Thicket, donde desemboca en un pozo antiguo, seco desde hace tiempo, y convertido ahora en un foso cubierto de zarzas y hierba. No tengo ninguna duda de que Southby llegó al bosque por un camino tortuoso, y que lo cruzó a través de uno de esos pasos que ningún extraño podría descubrir. Y así fue directo a la habitación del cura, y de ahí al dormitorio de Evelyn.

—La despertó a la una de la madrugada —dijo Wellman, quien todavía parecía temblar con el nerviosismo de la noticia—. No le dirán nada a usted todavía, señor, por miedo a la policía. La señorita Evelyn está espantada de miedo de que el aristócrata se entere, y por eso he venido a verle de inmediato. Tuvimos suerte de que fuera ayer por la tarde, cuando el superintendente Matthews registró la casa desde el desván hasta el sótano. Debió de haber recibido algún soplo de que Southby estaba en camino.

Yo me quedé asombrado al oír esto.

—El superintendente Matthews, ¡ayer! —exclamé—. ¿Es realmente posible?, ¿y que la señorita Evelyn no me lo dijera? Pero supongo que le habría sido difícil hacerlo.

»¿Sabe algo él del refugio del cura, Wellman? ¿Está usted seguro de que no existe ese riesgo?

Era un hombre de singular cautela, y lo negó con un movimiento de cabeza.

—Saben mucho más en estos tiempos, señor, y por eso la preocupación es mayor. La cuestión es ¿qué vamos a hacer con el joven amo?, pues la señorita Evelyn está al límite de su juicio. Le agradecería mucho encontrarse con usted en Close Borrow, y estoy seguro que lo hará. Como usted supondrá, señor, es una situación difícil para una joven señorita.

Yo asentí, y, poniéndome el sombrero, salí con él inmediatamente. Fuimos por el Adam’s Thicket, y reconozco que me alarmé cuando nos cruzamos con un desconocido a menos de cien pasos del antiguo pozo, por donde se entra al pasadizo. Era un hombre pequeño y grueso, que vestía un traje de lana, calzas de cuero negro y una gorra con visera. Al vernos se detuvo en seco y se volvió, dándonos la espalda, aparentando que encendía un cigarrillo mientras pasábamos.

—No es un policía —le dije a Wellman cuando el desconocido ya no podía oírnos. El veterano sirviente asintió, de acuerdo conmigo.

—Pero podría ser un agente del servicio de información, señor. Me enteré en Londres de los trucos que hacen con la ropa que llevan. No confíe mucho en él.

—No voy a confiar en él en absoluto —le contesté—. Ese sujeto me ha parecido como si fuera un chofer.

—Mala gente; créame, señor. Ha habido pocos individuos honestos sobre ruedas desde que nos quitaron los caballos. Uno necesita el olfato de un podenco para poder seguir la pista a gente así. No confiaría una cuchara de plata para la sopa a ninguno de ellos; le doy mi palabra de que a ninguno.

Le contesté que era un *laudator temporis acti*, pero, como esto no lo entendía, seguimos adelante y encontramos a Evelyn en su habitación.

Estaba sumamente agitada, pero, estando presente el señor Borrow, no dijimos ni una palabra sobre el asunto. El barón estaba convencido de que su hija estaba histérica, y cuando nos quedamos solos, indirectamente me dio a entender que debía haber tenido alguna noticia de ese maldito sinvergüenza.

—Sea lo que fuere —añadió—, no quiero saberlo, ni oír hablar de él. Sería un día grande para mí si ese individuo estuviera a seis pies bajo tierra, y ruego a Dios que pronto sea así. Ésa es la verdad, Cope, y ninguna de sus filosofías la podrá cambiar. Yo ya no tengo un hijo, e intento olvidarme de que tuve uno.

Retrocedí ante la cólera que mostraba, consciente de lo poco que le podrían afectar mis reproches a un hombre así. Afortunadamente, se dispuso a ir a al pueblo de inmediato, y Evelyn y yo fuimos enseguida a la guarida del cura para hablar con Southby. He de decir que su estado era deplorable; su rostro y sus manos desgarradas por las zarzas de los matorrales, su ropa salpicada de barro, la barba sin afeitar, y sus ojos ensangrentados. Parecía delirar, dando síntomas de hambre, y hablaba incoherentemente de barcos y del mar, de hombres que le habían traicionado y de otros que eran amigos suyos. Poco a poco, a medida que se iba calmando, me dijo

que la ignominia de la prisión le afectaba tanto que, de seguir en Parkhurst, se habría vuelto loco.

—Yo no pude haberlo hecho, Cope, por Dios que yo no fui —dijo—. Usted no sabe lo que esto significa para un hombre que ha vivido como yo. Tuve que escaparme, o si no me pegaría un tiro. Si me cogen me pegaré un tiro. Juro que lo haré.

—Pero —le clamé—, ¿qué otra cosa puedes hacer, Southby? Sabes que no podemos protegerte aquí mucho tiempo.

Soltó una carcajada desafiante, mientras se apartaba de la frente el pelo negro con la mano, como antes acostumbraba.

—Lionel lo hará —dijo—. Yo confío en Lionel. Él me sacó, y él se encargará de que no vuelva a entrar. Debería usted conocer a Lionel. Es un hombre de una sola pieza, y todavía no se ha construido la prisión que lo pueda mantener cautivo. Porque fue idea suya lo de la embarcación… ¿A quién, sino, se le habría ocurrido? Fue suya y de su amigo de Hendon. Nos subieron a cubierta cuando la marea estaba alta, y desembarcamos en la isla de Hayling antes de amanecer. Sabía que lo íbamos a conseguir cuando Lionel tomó a su cargo el plan.

—¿Entonces —exclamé casualmente—, el capitán Kennington no sabe nada de esto?

Frunció el ceño al oírlo; miró, escrutando a Evelyn, y vaciló al hablar.

—No, no confío en Kennington…, no mucho. Cuidado con lo que haces en ese sentido, Evelyn. Kennington no vale un comino…, acuérdate.

Ella reaccionó de inmediato, una mujer con coraje y de buen corazón.

—¡No digas nada en contra del capitán Kennington! —exclamó—. Es el único amigo incondicional que has tenido. Deberías estarle agradecido.

Él insistió, aunque con menor brusquedad.

—Puede que sea así, o no. Mi opinión es que intentó traicionarnos, y lo mantengo. Ahora, por lo que más queráis, dadme algo de beber. Estoy más seco que un camello.

Ella le trajo un brandy con soda, y lo bebió ansiosamente. Era peligroso ir y venir por la larga galería, y empecé a percibir el riesgo de la situación. Si los criados se enteraban, antes o después la noticia llegaría al pueblo, y de allí a la policía. Cuando hablamos con franqueza de ello entre nosotros no vimos más que una solución. Evelyn debería enfermar, y Harriet volver de Bath para atenderla. Mientras tanto Wellman debería buscar un confidente; y ninguno se ajustaba mejor que Turner, el ama de llaves de la casa. Porque, antes o después, esta mujer nos descubriría. Decidimos que fuera antes, y llamándola a nuestra reunión, pusimos nuestra suerte en sus manos. Era una buena mujer, tenía un hermano, y estimaban mucho a Evelyn.

Hicimos nuestros planes, y parecía que iban teniendo éxito. Desafortunadamente,

Harriet no pudo venir de Bath. Su tía enfermó gravemente y necesitaba su asistencia. Aun así, Evelyn fingió una indisposición de manera muy inteligente, y aunque ello me ocasionaba algún problema de conciencia, lo asumí y consentí, a cambio del bien mayor de esta desgraciada familia. Sin embargo, supuse que todo no sería más que un corto aplazamiento. El peligro de la situación era evidente. Cualquier día, a cualquier hora, podrían descubrirnos, y empezamos a vivir como quienes temen hasta de su sombra.

Puede que mis temores fueran infundados, pero había momentos en los que creía que el señor Borrow sospechaba de nosotros. Súbitamente, su conducta se volvió agresiva, y me interrogaba más detenidamente de lo que era habitual desde hacía tiempo. ¿Sabía algo sobre el condenado de su hijo? ¿Estaba Evelyn inquieta por ese despreciable bribón? A todo lo cual yo respondía con mi mejor sentido, aunque sólo Dios sabe lo difícil que era mi posición. Más adelante, una noche, después de cenar, le encontré en la habitación de Evelyn, y se refirió a Kennington. Curiosamente, su opinión sobre este cortés soldado coincidía exactamente con la de su hijo. No confiaba en él, dudaba de su historial, y lo estigmatizaba injustamente como un pobre aventurero. Que yo sepa, el capitán ingresa una renta de ochocientas libras al año; su injuria me molestó y le dije abiertamente lo que pensaba. El resultado fue una enconada disputa, y la manifestación de una disculpa mezquina por su parte, que, en otras circunstancias, me hubiera satisfecho sobradamente. Sea como fuere, tuve que tolerarle, y escucharle mientras me decía que, bajo ninguna circunstancia, admitiría otra vez a Kennington en su casa. Después se marchó a su despacho, y yo a la habitación del cura para hablarles de mis sospechas.

Southby siempre temió a su padre. Mis noticias le alarmaron, y no dudó en afirmar que el viejo le entregaría a la policía si lo descubría en la casa. Evelyn pensaba igual, y cuando estuvimos solos me confesó su terrible situación.

—El capitán Kennington vendrá este fin de semana —me dijo. Le conté lo que dijo el señor Borrow, y se alarmó aún más.

—Algunas veces desearía estar muerta —declaró—. Y yo, que sabía cuánto había sufrido esta alma sencilla, rogué a Dios por su fortaleza.

La noche siguiente iba a encontrarme con Lionel Mester en la maleza del bosque, y experimentar, con ello, la aprensión más aguda que tuve desde que comenzó este lamentable episodio.

Era la víspera del sábado, y yo volvía de Close Borrow para asistir al ensayo del coro en nuestra bella y antigua iglesia parroquial. A cien yardas del pozo, donde está la entrada secreta, me encontré otra vez con el hombre pequeño y grueso que Wellman identificó como un detective. Esta vez me detuvo, y, rogándome que me adentrara en la maleza, se presentó de inmediato.

—Habrá usted oído hablar de mí, caballero…, Lionel Mester, el colega del señor

Southby.

—Sí —dije—, he oído hablar de usted. ¿Cómo es que viene a este lugar tan peligroso?

—Porque hay algo que Southby debe saber, y no hay otra forma de hacerlo. Usted le ve todos los días, y puede entregarle esta carta. He merodeado por aquí casi una semana intentando llevársela. No suelo confiar en estafadores endiablados…, no mucho. Pero usted tiene un aspecto decente, y voy a confiar en usted. Llévele esta carta, y dígale que, si hace lo que ahí pone, actuará bien, y todo irá sobre ruedas. Si no, buscaré un plan alternativo, ¡y mandaré éste al infierno! ¡Dios!, llevo durmiendo entre ortigas, escocido, una semana; ¡y ya basta! Dígaselo a Southby y usted ya no sabrá más de mí.

Puso un sobre abultado en mi mano, e iba a seguir hablando cuando oímos unos pasos. Al instante, se zambulló entre la maleza con la agilidad de un gato salvaje; iba calzado con zapatos de suela de goma, y llevaba un bastón formidable; pero la agilidad de sus movimientos era lo más sorprendente; y pronunciando sólo la palabra «policía» desapareció de mi vista.

Empujé el sobre en el bolsillo interior de mi abrigo y volví inmediatamente al camino. Cincuenta pasos más adelante me crucé con el superintendente Matthews, e intercambié las buenas noches con él. Parecía ir con prisa, dirigiéndose a la mansión, pero no se detuvo a cotillear conmigo, como solía hacer, y lo agradecí.

Se entenderá que este giro inesperado me dejó muy perplejo. Esperaba que Lionel Mester viniera a Borrow antes o después, pero ahora que ya lo había hecho percibí el considerable peligro que suponía para todos nosotros. No era por el hecho de que yo fuera un encubridor, por lo que podría ser víctima de esta desafortunada familia, y tener que responder ante la ley en la parte que me tocaba. Estaba dispuesto a cargar, hasta con esto, en favor de una mujer. Pero ahora que la posibilidad de ser descubiertos nos pisaba los talones, y que la vergüenza y el sufrimiento planeaban sobre las sombras de esa antigua mansión si se desvelaba todo, confieso que perdí casi todo mi coraje. La carta era una prueba evidente que podía condenarme ante cualquier tribunal. Aun así decidí entregarla, y esa misma noche, sobre las diez en punto, subí a la casa y la puse en manos de Evelyn. A mi vuelta, un individuo desconocido me siguió a través de los matorrales, y me observó mientras entraba en mi residencia. Creo que era un oficial de policía, pero importaba poco que lo fuera o no, pues el sobre ya había sido entregado.

Esa noche dormí mal, atemorizado por el peligro de una situación que ya era casi intolerable. El día siguiente era sábado, dedicado casi entero a los colegios y a la iglesia, y ya no tuve noticias de Evelyn hasta que nos sentamos a cenar en Borrow Close. Había manifestado que se sentía algo mejor, y que cenaría con nosotros. Lo poco que hablamos en el porche, cuando le di las «buenas noches», no fue

inesperado.

—Southby se marcha esta noche —me dijo.

—Gracias a Dios —respondí, pues sabía que ninguno de nosotros aguantaría la tensión mucho tiempo.

Así nos despedimos, y ya no iba a volver a verla con vida otra vez. Tan valiente, tan tierna, era, verdaderamente, una mujer bendita, una ofrenda por el pecado del hombre, una mártir por quien se debían derramar las lágrimas. Un poco antes de medianoche se oyó un fuerte grito en la casa. El señor Borrow estaba despierto, y llegó el primero al lugar de los hechos. Encontraron a Evelyn tendida a los pies de la escalera circular que baja desde la larga galería a la habitación secreta. Evidentemente, había habido un forcejeo. Una barra de hierro dentada estaba tirada en las escaleras, a sus pies. La lámpara que llevaba estaba hecha trizas; la ventana situada en la esquina del octógono estaba rota, y los cristales esparcidos por el suelo. Destacaba el hallazgo de nueve libras en oro, metidas dentro de un guante, del mismo color y forma que los guantes que siempre llevaba el capitán Kennington.

He de decir que vestía un camisón largo, y que llevaba una bata puesta. La puerta de la habitación secreta permanecía abierta, pero nadie se interesó por su interior. Southby se había marchado de la casa. Sólo el señor Borrow y Wellman se agacharon para asistir a la mujer que había sido agredida.

Estaba muerta: una herida fatal en la garganta le privó de la vida casi al instante. Como es natural, se avisó a la policía inmediatamente; y no perdieron un solo instante. Los batidores comenzaron a buscar en cada matorral del bosque que circundaba la casa; había patrullas vigilando por fuera en cada camino. Pero no se descubrió nada; no se encontró ni la sombra de una pista. Ni siquiera el capitán Kennington pudo ofrecer sugerencia alguna. Supe, para sorpresa mía, que vino a Borrow el sábado por la tarde, como había prometido, pero habiendo oído el relato de los acontecimientos en boca de Evelyn, se marchó a dormir a la ciudad. El alboroto le despertó…, a un amanecer como el que pocos hombres han tenido que sufrir.

Y éste es el horrible crimen que se perpetró, y nadie ha respondido ante la justicia por él. ¡Que Dios nos ilumine para que el culpable pueda ser castigado!

La pruebas de esta misteriosa historia han sido remitidas al Sr. G. K. Chesterton, el creador del famoso detective de ficción: «El Padre Brown».

Ésta es una forma bastante original de contar historias, y el señor Chesterton ha asumido el espíritu que anima el esquema con el entusiasmo que le caracteriza. Su solución, o mejor, la del «padre Brown», al caso Donnington se plasmará en un relato completo que se incluirá en el próximo fascículo mensual de Premier.

Estoy negociando ahora con otros famosos detectives de ficción, y sólo quiero mencionar que las próximas dos historias de esta serie están a cargo de los muy

cualificados: Sr. Arthur Quiller-Couch y la Baronesa Orczy.

El padre Brown resuelve el caso Donnington

Por descontado, era natural que pensáramos en buscar una opinión experta sobre la tragedia; o, al menos, algo que fuera más sutil que la apreciación de un policía cualquiera. Pero había muy pocas personas, o ninguna, a quienes se les pudiera consultar privadamente y con provecho. Me acordé de un investigador privado que se interesó por el problema que tuvo Southby al principio; sólo porque recordaba su apellido singular, Shrike; pero se me informó que desde entonces se había enriquecido y estaba jubilado e incomunicado navegando en un barco de vela por las islas del Pacífico.

Mi viejo amigo Brown, el sacerdote católico que estaba en Cobhole, que con frecuencia me había aconsejado bien sobre problemas menores, me telegrafió que sentía no poder venir, ni siquiera una hora. Simplemente añadió —lo que confieso que consideré poco consecuente— que la clave podría ser la frase: «Mester tiene el alma más jovial posible».

El superintendente Matthews todavía sigue interesándose por cualquier consideración que le pueda llegar, pero, desde el punto de vista oficial, en la mayoría de los casos se muestra evasivo, y en algunos, incluso pasivo.

El señor Borrow parecía inalterablemente afligido por esta tragedia final; algo que era comprensible en un hombre anciano que, aun con sus defectos, no tuvo más que tragedia sobre tragedia, provenientes de su sangre y de su propio nombre.

En Wellman uno podía confiar cualquier cosa sin límite, incluso las joyas de la Corona, pero ni en una sola de sus ideas. Harriet es una mujer con demasiada bondad como para ser una buena detective. Consecuentemente, me quedé insatisfecho en mi afán por contar con una ayuda experta. Creo que los demás lo compartían en cierto grado, y que deseábamos que alguien, que no fuera ninguno de nosotros, compartiera nuestra situación. Una persona del mundo exterior, con más experiencia; alguien con un conocimiento —a ser posible— tan amplio, que incluso supiera de algún caso como el nuestro. Ciertamente, ninguno teníamos la más mínima pista de quién podría ser.

Ya expliqué que cuando se encontró el cuerpo de la pobre Evelyn, llevaba puesta su bata de noche, como si la hubieran llamado de repente de su habitación, y que la puerta del cuarto del cura permanecía abierta. Siguiendo no se qué impulso, la cerré; y, según creo, no se volvió a abrir hasta que se hizo desde el interior. Confieso que para mí, esta segunda apertura fue terrible.

El señor Borrow, Wellman y yo estábamos solos en el lugar donde se produjo la muerte. Estábamos solos, al menos hasta que un completo extraño entró, como de paseo, sin quitarse siquiera su gorra de visera. Era un individuo robusto, que venía sucio del camino, especialmente sus calzas, que las llevaba cargadas de la arcilla y el

cieno de las incontables zanjas del terreno; pero que entraba completamente despreocupado, más de lo que yo mismo estaba. A pesar de su extrema suciedad y de su insolencia, le reconocí como el preso fugado, Mester, cuya carta entregué, de forma tan insensata, a su camarada. Entró en la estancia con las manos en los bolsillos y silbando. Después cesó el silbido y dijo:

—Parece que ustedes han cerrado la puerta otra vez. Supongo que sabrán que no resulta fácil abrirla por este lado.

A través de la ventana rota, que asomaba al jardín, podía ver al superintendente Matthews, de pie entre los arbustos, dando su ancha espalda a la casa. Fui hacia la ventana, y también silbé, aunque con una finalidad práctica. Pero aún no sé por qué la llamo práctica, porque el superintendente, que debió oírme, no volvió la cabeza, ni dio muestra de ello, más que como si levantara un hombro.

—Yo no me preocuparía por el pobre viejo Matthews —dijo el individuo de la gorra con visera, en tono amistoso—, es uno de los mejores hombres del servicio, y debe estar terriblemente cansado. Ya me gustaría poder resolver casi tantos asuntos como hace él. Y volvió a encender un cigarrillo.

—Señor Mester —le contesté algo acalorado—, envié a buscar al superintendente para que le arrestara a usted.

—Puede que sea así —contestó, tirando el fósforo por la ventana—. ¡Bien, pero no lo hará!

Me miraba fijamente con solemne impasibilidad. Y, aun así, se me antojaba que la solemnidad de su rostro producía menos efecto en mí que la inmensa e indiferente espalda del policía.

El individuo llamado Mester reanudó la conversación.

—Quiero decir que mi posición aquí puede que no se corresponda con lo que supone usted. Es cierto que ayudé a escapar al joven; pero no creo que sepa usted por qué lo hice. Es una vieja regla en nuestra profesión…

Antes de que pudiera terminar lancé un grito.

—¡Cállese! —grité—. ¿Quién hay detrás de la puerta?

Pude ver, por el sólo movimiento de los labios de Mester, que estaba a punto de preguntar: «¿Qué puerta?», pero antes de que hablara, él también obtuvo la respuesta. De detrás de la puerta cerrada vino un ruido de algo que parecía vivo, si no era un ser humano, o que se movía, si no era un ser vivo.

—¿Qué hay en la habitación del cura? —grité, y busqué alrededor algo con que poder echar la puerta abajo. Cogí la barra de hierro dentada con ese propósito. Entonces, la horrible función a la que sirvió aquella noche me abrumó, y caí sobre la puerta golpeándola débilmente, repitiendo sólo:

—¿Qué hay en la habitación del cura?

Lo terrible fue que una voz tenebrosa, pero humana, contestó desde detrás de la

puerta cerrada:

—¡El cura!

La pesada puerta se abrió muy despacio, empujada por una mano aparentemente no más fuerte que la mía. La misma voz que había dicho «el cura», dijo en tono bastante más simple:

—¿A quién, si no, esperaban?

La puerta giró lentamente en torno a las bisagras, hasta el final de su compás, y se dejó ver el negro perfil de un individuo achaparrado, en actitud de disculpa, con un sombrero grande y un paraguas deteriorado. En todos los aspectos parecía una persona poco romántica e inapropiada para estar en la habitación del cura, excepto por el hecho accidental de que era un cura.

Vino directamente hacia mí, antes de que pudiera exclamar:

—¡Ha venido, después de todo!

Me dio la mano, y, antes de soltarla, me miró fijamente y con una expresión singular, que era triste pero a la vez más seria que triste. Sólo puedo describirla como la cara que tenemos en el funeral de un amigo, no la que tenemos en el lecho de muerte de una persona querida.

—Al menos, le puedo felicitar —dijo el padre Brown.

Creo que me llevé la mano a la cabeza, despeinándome exaltado. Y estoy seguro de que le contesté:

—¿Y de qué me puede felicitar, en medio de esta pesadilla?

Con la misma cara me contestó impasible:

—De la inocencia de la mujer que será su esposa.

—Nadie —exclamé indignado—, ha intentado relacionarla con este asunto.

Él cabeceó con seriedad, como asintiendo.

—Ése era el peligro, sin duda —dijo con una mirada distraída—, pero ella está bien ahora, gracias a Dios. ¿No es verdad? —y, como dando el último retoque a su opereta, se volvió hacia el hombre de la gorra con visera, trasladándole su pregunta.

—¡Oh, ella está suficientemente a salvo ahora! —dijo el individuo llamado Mester.

No puedo negar que en ese instante, mi corazón se descargó de la duda, un peso que yo ignoraba. Sin embargo, estaba destinado a desvelar el enigma.

—¿Quiere decir, padre Brown —pregunté—, que usted sabe quién es el culpable?

—En cierto sentido, sí —contestó—. Pero debe recordar que en un caso de homicidio, la persona más culpable no siempre es el homicida.

—De acuerdo, la persona más culpable. Entonces —dije impacientemente—, ¿cómo vamos a castigar a la persona más culpable?

—La persona más culpable ya está castigada —dijo el padre Brown.

Hubo un largo silencio en el crepúsculo de la torrecilla, y mi mente se fatigaba

con dudas que desbordaban su capacidad. Al fin, Mester dijo con brusquedad, pero no con mala disposición:

—Creo que ustedes dos, reverendos caballeros, deberían irse y hablar en algún otro lugar. Sobre el Hades, o sobre reclinatorios; o sobre cualquier otra cosa. Tengo que pensar sobre esto por mí mismo. Me llamo Stephen Shrike; puede que hayan oído hablar de mí.

Antes, incluso, de que mi súbita aprensión por los movimientos del interior de la habitación secreta hubiera asimilado estas fantasías, ya me había planteado la posibilidad, asombrosa, de que este preso que se había dado a la fuga fuera un detective. Pero no habría, ni soñado, que fuera uno tan famoso. El individuo que se había interesado por Southby, y que, desde entonces, ganó un renombre colosal, reivindicaba el caso para sí; y seguí a Brown, quien ya había empezado a bajar hacia la salida al bosque.

—La distinción entre el Hades y los reclinatorios… —empezó a decir el padre Brown.

—¡No haga el tonto! —le dije de manera destemplada.

—No le falta cierto valor filosófico —continuó el pequeño cura, con un ecuánime buen humor—. Los problemas humanos son, principalmente, de dos clases. Hay una clase que es accidental, que no puedes percibir porque son tan próximos que te caes sobre ellos como haces en un reclinatorio. Y luego hay otro tipo de mal, el auténtico. Y ése es el que un hombre intenta conseguir, independientemente de lo lejos que esté… profundo, profundo, perdido en el abismo. —Inconscientemente, con su dedo rechoncho, señalaba hacia abajo, a la hierba, que estaba salpicada de margaritas.

—De cualquier manera, ha sido usted muy amable al venir —le dije—; pero desearía encontrar el sentido de las cosas que dice.

—Bien —me contestó pacientemente—, ¿ha encontrado el sentido de lo que le dije antes de venir aquí?

—¿Cómo?, usted hizo una observación disparatada —contesté—, que la clave de la historia estaba en el carácter alegre de Mester, pero… ¡cómo, bendito sea Dios, puede, de cualquier forma, ser esa la clave!

—Hasta ahora sólo la clave —dijo mi acompañante—, pero mi primera conjetura parece que fue correcta. No es muy común encontrar esa alegría expresiva en personas que están sufriendo la pena de prisión, especialmente si su ruina se debe a una acusación falsa. Y me da la impresión de que el optimismo de Mester era un poco fingido. Sospeché también que lo de la aviación, y todo lo demás, fuera verdad o no, era sólo para convencer a Southby sobre la posibilidad de huir. Pero si Mester era tan hábil para escapar, ¿por qué no se escapó por su cuenta?, ¿por qué estaba tan ansioso de cargar con un joven señorito que no parece que le fuera de mucha utilidad? Al darle vueltas, me fijé en otra frase de su manuscrito.

—¿En cuál? —le pregunté.

Sacó un trozo deteriorado de papel, con unos garabatos escritos a lápiz, y leyó en alto:

—Después cruzaron un recinto en el que otros reclusos estaban trabajando.

Y, tras otra pausa, prosiguió:

—Esto, desde luego, era evidente. ¿Qué clase de prisión es aquélla en la que los presos trabajan sin carceleros vigilando o haciendo la ronda? ¿Qué tipo de guardianes son, para permitir que dos condenados escalen dos muros y se marchen como si fueran de picnic? Todo esto es evidente. Y la conclusión es más evidente todavía por muchas otras frases. «Parecía imposible que pudiera evitar la persecución que iba a provocar esta fuga». Hubiera sido imposible si *hubiera habido* una persecución. «Evelyn y Harriet me escucharon con ansiedad, y de la primera, empecé a sospechar que ya conocía la historia». ¿Cómo podría conocer ella la historia tan pronto, si los coches y los teléfonos de la policía no hubieran colaborado para transmitirle un mensaje de Southby? ¿Podrían los presos ir en un camello o en una avestruz? Y fíjese en la lancha motora. ¿Crecen en los árboles las lanchas motoras? No, todo es más simple. No sólo el compañero de fuga era un detective de la policía, sino que todo el esquema de la huida fue un esquema de la policía misma, diseñado por las más altas autoridades de la prisión.

—Pero ¿por qué? —pregunté, mirándole fijamente—. ¿Y qué tenía que ver Southby con todo esto?

—Southby no tenía ninguna relevancia —me contestó—. Supongo que ahora estará escondido en alguna cuneta o en algún bosque, convencido de que es un fugitivo que andan buscando. Pero no le molestarán más. Ya ha hecho el trabajo que querían para ellos. Él es inocente. Era imprescindible que fuera inocente.

—¡Oh, no entiendo nada de todo esto! —exclamé impacientemente.

—Yo no entiendo nada de la mitad de esto —dijo el padre Brown—. Hay muchos problemas sobre los que le preguntaré más tarde. Usted conocía a la familia. Después de todo, yo sólo dije que la frase sobre la alegría parecía ser una frase clave. Ahora quisiera que se concentrara en otra frase clave. «Decidimos que Harriet fuera a Bath sin más dilación, por si pudiera ser de alguna ayuda allí». Fíjese que esto viene enseguida, después de que usted se sorprendiera de que alguien se hubiera comunicado con Evelyn tan pronto. Bueno, supongo que ninguno de nosotros piensa que el gobernador de la prisión le telegrafió: «Confabulado con la fuga de su hermano, recluso 99». El mensaje debió llegar de parte de Southby en cualquier caso.

Yo rumiaba, contemplando cómo se iba mostrando el reflejo de la luz en las colinas, y a través de los huecos de los árboles del jardín; después dije:

—¿Kennington?

Mi viejo amigo me miró un momento, esta vez con una mirada que no era capaz

de descifrar.

—Desde mi punto de vista, la parte del capitán Kennington en este asunto es única —dijo—, y creo que deberíamos pensar sobre ella más tarde. Ahora baste que, según su relato, Southby no confiaba en él.

Volví a contemplar los reflejos de las colinas, que eran más claros, aun con el cielo encapotado, mientras mi acompañante continuaba, como el único que podía encontrar el orden propio de las cosas.

—Quiero decir, que la cuestión aquí es sólo probable, pero está clara. Si ella recibió alguna comunicación de su hermano sobre su fuga, ¿por qué no habría recibido también información sobre dónde iría? ¿Por qué tenía que dejar ir a su hermana a Bath, cuando se le pudo haber dicho que su hermano no iría allí? Ciertamente, ¿no diría, un joven caballero, en una carta personal, en prevención de un riesgo mayor, que se dirigía a Bath, en vez de que se había escapado de la prisión? Alguien o algo tuvo que influir a Southby para que dejase su destino incierto. Y, ¿quién podría haber influido en Southby sino su compañero de fuga?

—Que actuaba para la policía, según su teoría.

—No. Según su confesión.

Después de un silencio que parecía elocuente, Brown dijo, con un énfasis que nunca le vi, y mientras se echaba sobre un banco del jardín:

—Lo que le digo es que toda esta cuestión de los dos lugares de refugio —todo el tema de Harriet Donnington yéndose a Bath—, fue una sugerencia que llegó de Southby, pero promovida por Mester, o Shrike, o como se llame ese individuo, y es la clave del complot de la policía.

Se acomodó en el asiento frente a mí apretando las manos sobre la gruesa empuñadura de su paraguas, de modo más agresivo de lo que era típico en él. Sin embargo, la luna del atardecer lucía sobre la pequeña planta bajo la que estaba sentado, y cuando volví a verle el rostro, comprobé que estaba tan templado como el de la luna.

—Pero ¿por qué organizaron esa trama? —le pregunté.

—Para separar a las hermanas —dijo—. Ésa es la clave.

Le contesté inmediatamente:

—Las hermanas, en realidad, no podían separarse.

—Sí podían muy fácilmente —dijo el padre Brown—, y a eso se debe… —Aquí su claridad falló, y comenzó a dudar.

—¿A eso se debe qué? —le insistí.

—A eso se debe que pueda felicitarle a usted —dijo, por fin.

El silencio se impuso otra vez un momento, y no soy capaz de definir la irritación con la que le respondí:

—Oh, ¿supongo que usted lo sabe todo al respecto?

—¡No, en realidad no! —dijo, inclinándose hacia adelante, como rechazando una acusación de injusticia—. Estoy confundido sobre la cuestión en su conjunto. ¿Por qué los guardianes no lo encontraron antes? ¿Por qué, en cualquier caso, lo encontraron? ¿Se resbaló en el forro? ¿O la letra era tan ilegible como para eso? Ya conozco la cuestión del refinamiento en la conducta; ¡pero seguro que le quitaron la ropa! ¿Cómo pudo llegar el mensaje? *Tiene* que ser el forro.

Levantó la cabeza, con una expresión en la cara tan honesta como un pez flotando de plano, y, en correspondencia, templadamente, le dije:

—En realidad no sé de que está usted hablando, usted y sus forros. Pero si se refiere a cómo pudo Southby hacer llegar su mensaje a salvo a su hermana, sin riesgo de que fuera interceptado, he de decir que no había nadie más que pudiera hacerlo con éxito. El chico y la chica fueron siempre grandes amigos desde la niñez, y, que yo sepa, entre ellos tenían uno de esos lenguajes secretos que con frecuencia tienen los niños, que fácilmente convierten después en una especie de lenguaje cifrado. Y, ahora que lo pienso…

El paraguas de robusta empuñadura resbaló del banco y golpeó la gravilla, y el cura se levantó en vertical.

—¡Qué idiota soy! —dijo—. ¡Por qué nadie pudo pensar en un lenguaje cifrado! Se ha marcado un buen tanto, amigo mío. ¿Supongo que lo sabrá usted todo ahora?

Estoy convencido de que no se percató que repetía con sinceridad lo que yo dije figuradamente.

—No —contesté muy en serio—. Yo no sé todo sobre esto, pero pienso que es muy posible que usted sí. Cuénteme la historia.

—No es una bella historia —dijo de manera un tanto glacial—; al menos, lo que tiene de bueno es que ya pasó. Pero primero déjeme decir lo que menos me agrada…, que usted ya conocía bien. He pensado mucho sobre un tipo de señorita intelectual inglesa, en especial cuando es, al mismo tiempo, aristócrata y provinciana. Creo que se la suele juzgar muy superficialmente. O, quizá debería decir, con excesiva severidad. Se supone que es incapaz de tener pasiones mortales ni tentaciones. Dejémosla que evite el alcohol durante la cena, dejémosla cuidar su hermosura y saber cuál es el sentido de la dignidad en el vestir, dejémosla leer gran cantidad de libros y hablar de altos ideales; y todos asumen que es única en su clase, incapaz de codiciar ni de mentir; que sus ideas siempre son simples, y sus ideales siempre se cumplen. Pero, en realidad y verdaderamente, amigo mío, por su relato, parece que su carácter era más complicado que todo esto. Evelyn fingió, muy inteligentemente, una indisposición. Asumiendo que no es culpable, no veo cómo podría haber fingido nada. Aunque, de cualquier manera, éste es uno de los poderes que se les otorga a los santos. Usted «empezó a sospechar» que Evelyn ya sabía sobre la fuga. ¿Por qué no le *dijo* que ya lo sabía? Usted se asombró de que el superintendente Matthews

registrara la casa, y que ella no le dijese nada; y supuso que le habría sido difícil transmitirle el mensaje. ¿Por qué habría de ser difícil? Parece que a usted se le informó siempre que realmente se le necesitó. No; intentaré hablar de esta mujer como de alguien por cuya alma rezaré, y cuya verdadera defensa nunca podré oír. Pero mientras haya personas vivas cuyo honor esté en peligro sin merecerlo, simplemente me niego a partir de la presunción de que Evelyn Donnington no podía hacer el mal.

Las nobles colinas de Sussex parecían tan lúgubres como los páramos de Yorkshire, mientras él continuaba convincentemente, hurgando en la tierra con su paraguas.

—Los primeros hechos en su defensa, si necesita de alguna, son: que su padre es un miserable, que tiene un temperamento violento, mezclado con un cierto tipo de orgullo familiar puritano; y, sobre todo, que ella le temía. Ahora, suponga que realmente quería tener dinero, puede que con un buen propósito; o, de nuevo, puede que no. Me dijo que su hermano y ella tuvieron siempre lenguajes y planes secretos; suele ser común entre niños intimidados y aterrados. Ciertamente, creo que fue un paso más allá en una situación apurada, y que fue real y penalmente responsable del documento falso con el que su hermano aparentaba estar buscando ayuda financiera. Sabemos que con frecuencia existe un parecido familiar en el modo de escribir, que alcanza incluso hasta el facsímil. Consecuentemente, no veo por qué no puede haber un parecido familiar semejante en los defectos por los que los expertos pueden detectar una falsificación. De cualquier forma, el hermano tenía un mal historial, que aumentó mucho más de lo que debía por la intervención de la policía; y se le envió a la cárcel. Supongo que convendrá conmigo que ahora tiene muy buen historial.

—¿Quiere decir —observé, curiosamente estremecido por su expresión contenida—, que Southby sufrió todo este tiempo, en vez de hablar?

—No te alegres de mí, Satán, mi enemigo —dijo el padre Brown—, porque cuando caigo, yo mismo me levanto. Esta parte de la historia es realmente buena.

Tras un silencio, continuó:

—Ahora estoy prácticamente convencido de que cuando se le arrestó llevaba consigo alguna carta o mensaje de su hermana. Pienso y supongo que sería algún mensaje con el reconocimiento de su culpa. Sea lo que fuere, debía contener dos cuestiones: algún reconocimiento o alusión que aclaraba la culpa de su hermana, y una petición urgente de que su hermano volviera directamente junto a ella cuando estuviera libre para hacerlo. Lo más importante es que no estaba firmada con su nombre, sino sólo «Tu infeliz hermana».

—Pero, buen hombre —exclamé—, ¡habla usted como si hubiera visto la carta!

—La veo en sus consecuencias —contestó—. La amistad con Mester, el rechazo de Kennington, la hermana en Bath y el hermano en la habitación del cura, vino todo

de esa carta, y de ninguna otra.

»La carta, sin embargo, estaba cifrada; y en un código muy difícil de entender, habiéndolo inventado unos niños. ¿Le impresiona esto como paradójico? ¿No sabe que los signos más difíciles de descifrar son los arbitrarios? Y si dos niños acuerdan que «grunk» significa la hora de dormir, y «splosh» significa el tío William, llevará mucho más tiempo a un experto entenderlo que descifrar un sistema de letras o de números que han sido reemplazados por otros. Consecuentemente, aunque la policía encontró el papel, no pudieron entenderlo por completo antes de que Southby ya estuviera cumpliendo su condena. Entonces supieron que una de las hermanas de Southby era la culpable y que él era inocente; y pudieron apreciar que él no engañaría nunca. El resto, como le dije, era simple y lógico. Lo único que podían hacer era aprovecharse de Southby, incitándole a ir directamente a la culpable con la que se carteó. Se le dieron todas las facilidades para escapar y comunicarse lo antes posible, mientras la policía pudiera mantener la separación de las hermanas, a través de Mester, quien debía lograr que la otra se fuera a Bath. Y, durante esas noches horribles, cuando la policía se acercaba a usted, como lobos a su alrededor, o como fantasmas, no era Southby el motivo por el que estaban esperando.

—Pero ¿por qué esperaban a alguien? —pregunté súbitamente, después de un silencio—. ¿Si estaban seguros, por qué no la arrestaron?

Él asintió moviendo la cabeza y suspirando.

—Puede que tenga usted razón. Puede que convenga ahora considerar el caso de Kennington. Desde luego, él lo sabía todo desde dentro. Usted mismo comprobó que tenía privilegios en esa prisión. Le entristecerá, como persona que acata la ley, que haya usado de su influencia para saltarse la reglamentación. Se puede conseguir mucho faltando a un cargo. Y mucho más se puede conseguir faltando a las personas…, golpeándolas, dicho vulgarmente. Usó de cualquier ocasión, buena o mala, para retrasar el arresto de Evelyn. Uno de los miles pequeños retrasos fue «fingir una indisposición».

—¿Por qué Southby le llamó traidor? —le pregunté con recelo.

—Con muy buen fundamento —dijo mi amigo—. Suponga que usted ha evadido las reglas de la prisión, y que su amigo envía un coche a buscarle, y le devuelve a ella. Suponga que su amigo le ofrece sacarle en su yate, y que coge el rumbo equivocado, hasta que le adelanta una lancha motora. Suponga que Southby quería llegar a Sussex, y Kennington le apartaba siempre hacia Cornwall o Irlanda o Normandía, ¿cómo espera que Southby le califique?

—Bueno —dije—, ¿cómo le llamaría usted?

—¡Oh! —exclamó el padre Brown—, yo lo llamaría un héroe.

Le miré inquiriendo en su rostro, relativamente anodino, iluminado por el crepúsculo lunar; y súbitamente se levantó y paseó por el camino con la impaciencia

de un escolar.

—Si tuviera tinta y cálamo, escribiría la mejor historia de aventuras nunca jamás contada sobre esto. ¿Hubo una situación semejante alguna vez? Southby fue zarandeado hacia un sitio y hacia otro, tan inconsciente como un balón de fútbol, entre dos hombres muy capaces y vigorosos, uno de los cuales quería seguir sus huellas hasta su hermana culpable, mientras el otro torcía sus pies en dirección contraria a cada paso. Southby pensaba que el amigo de su casa era su enemigo, y el que iba a destruirla su amigo. Los dos que lo sabían tenían que luchar en silencio, pues Mester no podía hablar sin prevenir a Southby, y Kennington no podía hablar sin denunciar a Evelyn. Resulta claro, por lo que dijo Southby respecto de los falsos amigos y el mar, que Kennington, finalmente, lo secuestró en un yate, pero sólo Dios sabe en qué densos bosques, islotes de río, o sendas sin término, se libró la misma guerra; el fugitivo y el detective tratando de mantener la dirección, el traidor y amante tratando de desviarla. Cuando Mester venció, y sus hombres se agruparon alrededor de esta casa, el capitán no pudo hacer más que venir y ofrecer su ayuda, pero Evelyn no le abrió la puerta.

—¿Y por qué no?

—Porque tenía el lado bueno del miedo, como también el lado malo —dijo el padre Brown—. «Audaz ante la vida», dijo usted con mucha perspicacia. Tenía miedo de ir a la cárcel; pero, por su honor, también temía casarse. Es un tipo producido por todo este refinamiento. Querido amigo, quiero decirle un secreto, a usted y a todo su mundo moderno. Nunca alcanzarán lo bueno que hay en la gente hasta que no hayan conocido lo malo que hay en ella.

Al cabo de un rato añadió que deberíamos regresar a la casa, y se puso a andar en esa dirección con premura.

—Por supuesto —dijo, mientras se iba—, el fajo de billetes que le pasó a Southby eran sólo para ayudarle a marcharse y despejar la posibilidad de arrestar a Evelyn. Mester no es mala persona para ser un técnico. Pero ella se daba cuenta del peligro que corría, e intentó entrar en la habitación del cura.

Yo todavía estaba incubando el raro caso de Kennington.

—¿No se encontró el guante?

—¿No estaba la ventana rota? —preguntó de rebote—. Un guante bien retorcido y cargado con nueve libras en oro, y probablemente también con una carta, puede romper la mayoría de las ventanas si se lanza por un individuo que ha sido jugador de bolos. Por supuesto que había una nota. Y por supuesto la nota era comprometida. Le dejó dinero para escapar, y la prueba de aquello por lo que ella se escapaba.

—¿Y, después, qué le ocurrió? —le pregunté de manera un poco estúpida.

—Algo que también le ocurrió a usted —dijo—. Usted también tuvo dificultad para abrir la puerta secreta desde fuera. Usted también cogió la barra de hierro

dentada, de la cortina o de la ventana, para golpearla. Usted también vio abrirse despacio la puerta desde el interior. Pero usted no vio lo mismo que ella.

—¿Y qué vio ella? —dije, al final.

—Vio al hombre al que más daño había hecho —dijo el padre Brown.

—¿Se refiere a Southby?

—No —dijo—, Southby demostró una virtud heroica, y está contento. El hombre al que más daño había hecho era el hombre que nunca tuvo, ni intentó tener, más que una sola virtud… una clase de justicia amarga. Y, por ella, fue injusto toda su vida…, pues le hizo mimar a la mujer malvada y arruinar al hombre íntegro. Usted me dijo en sus notas que con frecuencia se escondía en la habitación del cura, para descubrir quién era fiel o infiel. Esta vez vino empuñando una espada que había en esa habitación desde los días en que la gente iba a la caza de mi religión. Encontró la carta, pero desde luego, la destruyó antes de hacer… lo que hizo. Si, viejo amigo, puedo sentir el horror de su rostro sin verlo. Pero, desde luego, ustedes, la gente moderna no saben cuántas clases distintas de personas hay en el mundo. No estoy hablando de aprobación, sino de simpatía…, la clase de simpatía que tengo por Evelyn Donnington. ¿Tiene usted antipatía con la justicia fría y cruel, o con las transigencias fatales de este apetito intelectual? ¿Tiene usted antipatía a un Bruto, que mató a su amigo? ¿Tiene usted antipatía al monarca que mató a su hijo? ¿Tiene usted antipatía a Virginius, que mató…? Pero creo que debemos entrar ya.

Subimos las escaleras en silencio, y, con el alma en ascuas, esperaba encontrarme una escena que todavía sobrepasara las que habían ocurrido en esa torre. Y, en cierto sentido, la encontré. La estancia estaba vacía, excepto por Wellman, que se encontraba de pie, detrás de una silla vacía, tan impasible como si estuviera ante miles de invitados.

—Han avisado al Dr. Browning, señor —dijo en un tono monótono.

—¿Qué quiere decir? —exclamé—. ¿No hubo ninguna pregunta relacionada con la muerte?

—No señor —dijo, tosiendo levemente—; el Dr. Browning solicitó que viniera otro doctor desde Chichester, y se llevaron al señor Borrow.

La vampiresa del pueblo[2]

En el requiebro de un camino en las colinas, donde dos álamos se erguían como pirámides empequeñeciendo el puñado de casas que era el diminuto pueblo de Potter's Pond, caminaba una vez un hombre con un atuendo de corte y color curiosos, vistiendo un abrigo de color rojo vivo y un sombrero blanco sobre negros y deleitosos rizos que terminaban en una especie de florida patilla byroniana.

El secreto de por qué llevaba ropas de tan fantástica antigüedad, llevándolas con un aire desenvuelto e incluso jactancioso, era sólo uno de los muchos enigmas que se aclararían resolviendo el misterio de su destino. El quid de la cuestión está en que cuando había dejado atrás los álamos desapareció como si se hubiese difuminado en el pálido y creciente amanecer o hubiese sido arrastrado por el viento de la mañana.

Su cuerpo fue hallado casi medio kilómetro más allá sólo una semana después, destrozado sobre las rocas de un jardín en cuesta que conducía a una silenciosa casa abandonada llamada «La Hacienda». Justo antes de evaporarse, se le había oído discutiendo aparentemente con algunos acompañantes, y sobre todo denostando al pueblo como una «pequeña y ruin aldea», y por eso se suponía que había suscitado un arranque apasionado de patriotismo local del que había sido víctima. De hecho, el médico del pueblo afirmó que su cráneo había sufrido un fuerte golpe que pudo causarle la muerte, probablemente inflingido con una especie de porra o garrote. Esto coincidía con la hipótesis de una agresión por parte de algunos palurdos encolerizados. Pero nadie encontró indicios de ningún palurdo en particular, de modo que la investigación concluyó que fue asesinado por algunos desconocidos.

Un año o dos después la causa fue de nuevo abierta de un modo curioso; una serie de acontecimientos que hicieron que un tal doctor Mulborough, conocido entre sus íntimos como Mulberry[3] en clara alusión a algo abundante y jugoso que sugería su oscura rotundidad y su rostro de tonos morados, viajara en tren hacia Potter's Pond acompañado de un amigo a quien siempre había consultado asuntos de este tipo. En contraste con su apariencia pesada y lenta, el doctor tenía buen instinto y era realmente un hombre de destacado sentido común, cosa que le llevó a presentar el caso a un pequeño sacerdote llamado Brown, a quien había conocido hace años en un caso de envenenamiento. El pequeño cura estaba sentado frente a él, con la apariencia paciente de un bebe recibiendo instrucciones, mientras el doctor le explicaba detalladamente las verdaderas razones del viaje.

—No puedo estar de acuerdo con el hombre del abrigo rojo en que Potter's Pond es únicamente una pequeña y ruin aldea. Es sin duda un pueblo muy antiguo y aislado hasta el punto de que parece algo de otro mundo, como un pueblo de hace cien años. Las hilanderas parecen hilanderas (¡maldición, puedes hasta imaginártelas hilando!).

Las damas no sólo son damas, son «gentiles-damas»; y el farmacéutico no es un farmacéutico, sino un boticario. Admiten la existencia de un sencillo doctor como yo simplemente para que ayude al boticario, pero me consideran una novedad de jóvenes, porque sólo tengo cincuenta y siete años y llevo viviendo en el pueblo tan sólo veintiocho. El abogado da la impresión de estar aquí desde hace veintiocho mil años. Y luego está el viejo almirante, que es como una ilustración de Dickens, con una casa llena de conchas y de sables y con un telescopio.

—Supongo —dijo el padre Brown— que siempre hay un cierto número de almirantes que acaban en la costa, pero nunca entendí por qué se abandonan tan en el interior.

—Desde luego que ningún lugar, vivo o muerto, en las profundidades del país está libre de estas pequeñas criaturas —dijo el doctor—. Y luego, por supuesto, hay una especie de clérigo en su polvorienta versión *torie* y de la High Church que se remonta al arzobispo Laud, que tiene más de vieja dama que cualquiera de las viejas damas. Es un viejo pájaro estudioso de pelo cano, más fácilmente impresionable que las hilanderas. De hecho, las hilanderas, de principios puritanos, son a veces deliciosamente directas en su hablar, como los verdaderos puritanos lo eran. Una o dos veces he oído a la anciana señora Carstairs-Carew usar expresiones tan vivas como cualquiera de la Biblia. El querido y viejo clérigo es un asiduo lector de la Biblia pero a menudo imagino que cierra sus ojos cuando llega a esas palabras. Bueno, usted sabe que no soy particularmente moderno. No disfruto del jolgorio y desenfreno de los desmanes de la Alegre Juventud.

—La Alegre Juventud no las disfruta —dijo el padre Brown—. Ésa es la verdadera tragedia.

—Pero, naturalmente, estoy más en contacto con el mundo que la gente de este pueblo prehistórico —prosiguió el doctor—. Y he llegado a un punto en el que hasta doy la bienvenida al Gran Escándalo.

—No me diga que los desmanes de la Alegre Juventud han encontrado Potter’s Pond después de todo —observó el sacerdote sonriendo.

—Oh, incluso nuestro escándalo tiene el cliché de los viejos melodramas. ¿Debería añadir que el hijo del clérigo parece ser nuestro problema? Sería algo diferente si el hijo del clérigo fuese más normal. Hasta donde puedo saber es un estrafalario debilucho y apacible. El primero que fue visto bebiendo cerveza fuera del «León Azul». Parece que es un poeta, que en estos lugares es lo más parecido a ser un cazador furtivo.

—Cierto —dijo el padre Brown—, incluso en Potter’s Pond eso no puede ser el Gran Escándalo.

—No —replicó el doctor con seriedad—. El Gran Escándalo comenzó antes. En esa casa llamada «La Hacienda», situada en el extremo final del bosquecillo, vive una

dama. Una Dama Solitaria. Ella se hace llamar la señora de Maltravers (que es como la llamamos), pero llegó sólo hace uno o dos años y nadie sabe nada sobre ella. «No puedo entender por qué quiere vivir aquí» —dijo la señora Carstairs-Carew—. «No la visitamos».

—Tal vez es por eso por lo que quiere vivir allí —dijo el padre Brown.

—Bueno, su reclusión es considerada como algo sospechoso. Ella les desagrada por ser de buena apariencia y tener incluso lo que se llama buen estilo. Y todos los hombres jóvenes están advertidos contra ella como si fuese una vampiresa.

—Las personas que pierden toda su caridad normalmente pierden toda su lógica —remarcó el padre Brown—. Es realmente ridículo quejarse de que quiere permanecer aislada y luego acusarla de vampirizar a toda la población masculina.

—Eso es verdad —dijo el doctor—. Desde luego ella es una persona enigmática. La he visto y la encuentro intrigante; una de esas mujeres morenas, altas y elegantes, y bellamente feas, si sabe usted lo que quiero decir. Es ingeniosa y aunque joven da la impresión de tener lo que llaman, bueno, experiencia. Lo que las ancianas llaman «un pasado».

—Todas las ancianas parecen haber nacido en este mismo instante —observó el padre Brown—. Debo pensar que se supone que ha vampirizado al hijo del párroco.

—Sí, y parece ser un desagradable problema para el pobre viejo párroco. Parece que ella es viuda.

La cara del padre Brown tuvo un espasmo de rara irritación.

—Parece que es viuda, como parece que el hijo del párroco es el hijo del párroco, y parece que el abogado es el abogado o parece que usted es el doctor. ¿Por qué demonios no iba ella a ser una viuda? ¿Tienen ellos una evidencia de primera mano para dudar de que ella sea lo que dice ser?

El doctor Mulborough sacudió bruscamente sus fornidos hombros y se levantó.

—De nuevo tiene usted razón —dijo—, pero aún no hemos llegado al escándalo. Bueno, el escándalo es que es una viuda.

—Oh —dijo el padre Brown, y su rostro se alteró y dijo algo murmurando débilmente, algo así como «¡Dios mío!».

—Ante todo —dijo el doctor— han hecho un descubrimiento sobre la señora de Maltravers. Ella es una actriz.

—Lo suponía —dijo el padre Brown—. No pregunte por qué. Tenía otra suposición acerca de ella que podría parecer aún más irrelevante.

—Bueno, en ese momento era suficiente escándalo el que ella fuese una actriz. Al querido viejo clérigo se le rompió el corazón tanto como para pensar que sus cabellos blancos iban a ser conducidos de pena a la tumba por culpa de una actriz y una aventurera. Las hilanderas chillaron en coro. El almirante reconoció que alguna vez había ido al teatro en la ciudad, pero se opuso a estas cosas en lo que él llama

«nuestro ambiente». Bueno, por supuesto que yo no tengo ninguna objeción de ese tipo. Esta actriz es ciertamente una dama, aunque tenga algo de Dama Oscura, al estilo de los Sonetos. El joven está realmente enamorado de ella y yo soy sin duda un viejo tonto sentimental al tener simpatía con la juventud perdida que da vueltas por los alrededores de la «Inaccesible» Hacienda. Y ya estaba empezando a hacerme una idea pastoril de este idilio cuando de repente el rayo cayó. Y yo, que soy la única persona que ha tenido cierta simpatía por esa gente, soy el encargado de ser el mensajero de la condena.

—Sí —dijo el padre Brown—, ¿y por qué le han enviado?

El doctor respondió con una especie de gemido:

—La señora de Maltravers no es sólo una viuda, sino la viuda del señor Maltravers.

—Tal y como lo dice suena como una revelación impactante —reconoció el cura con seriedad.

—Y el señor Maltravers —continuó su amigo médico— es el hombre que fue aparentemente asesinado en este mismo pueblo uno o dos años atrás; supuestamente golpeado en la cabeza por uno de los sencillos lugareños.

—Recuerdo que me lo contó —dijo el padre Brown—. El doctor, o algún doctor, dijo que probablemente murió al ser golpeado en la cabeza con un garrote.

El doctor Mulborough permaneció en un embarazoso silencio durante unos instantes y luego dijo con sequedad:

—Los perros no se comen entre sí, y los médicos no se meten con otros médicos, incluso aún cuando sean médicos chiflados. Preferiría no hacer ningún tipo de comentario acerca de mi eminente predecesor en Potter’s Pond si pudiese evitarlo, pero sé que es usted un seguro para los secretos. Hablando confidencialmente, mi eminente predecesor en Potter’s Pond era un tonto redomado; un viejo vago borracho absolutamente incompetente. Fui requerido por el jefe de policía del condado (he vivido largo tiempo en el condado aunque sólo recientemente en el pueblo) para que le echase una ojeada a todo el asunto; las declaraciones y pistas de la investigación y todo lo demás. Y, simplemente, no hay ninguna duda. Maltravers debió ser golpeado en la cabeza; era un actor pasajero que pasaba por allí, y Potter’s Pond considera que forma parte del orden natural de las cosas que ese tipo de personas sean golpeadas en la cabeza. Pero quienquiera que le golpease no lo mató. Es absolutamente imposible que esa herida, tal y como fue descrita, pudiese causar algo más que dejarle fuera de combate durante un par de horas. Y últimamente he recopilado otros datos acerca del asunto, y la conclusión es un poco desazonadora.

Se sentó observando el paisaje como si resbalase a través de la ventana, y luego dijo con mayor brusquedad aún:

—He venido hasta aquí y he pedido su ayuda porque va a haber una exhumación.

Hay muchos indicios de envenenamiento.

—Y ya hemos llegado a la estación —dijo el padre Brown con alegría—. Supongo que lo que piensa es que el hecho de envenenar al pobre hombre sólo puede recaer naturalmente en los deberes caseros de su mujer.

—Bueno, parece que nunca ha habido nadie más aquí que tuviese ninguna otra conexión con él —replicó Mulborough mientras descendían del tren—. Como mucho hay una vieja historia que ronda por ahí acerca de un actor arruinado; pero la policía y el procurador local parecen convencidos de que es un entrometido desequilibrado con algunas ideas fijas acerca de una pelea con un actor que era su enemigo, pero que con seguridad no era Maltravers. Un accidente aislado, debo decir, que no tiene nada que ver con el problema del envenenamiento.

El padre Brown había oído la historia. Pero sabía que no conocía una historia hasta que no conocía a los protagonistas de la historia. Dedicó los siguientes dos o tres días a ir por los alrededores, con una u otra excusa, visitando a los principales actores del drama. Su primera entrevista con la misteriosa viuda fue breve pero clarificadora. Y sacó en claro al menos dos hechos: el primero, que la señora de Maltravers a veces hablaba de un modo que el pueblo victoriano llamaría cínico; y, el segundo, que, como no pocas actrices, parecía pertenecer a su propio credo religioso.

No era tan ilógico (ni tan poco ortodoxo) como para inferir de este último hecho que ella era inocente del crimen. Sabía bien que su propio credo religioso contaba con unos cuantos distinguidos envenenadores. Pero no tuvo ninguna dificultad en comprender su conexión, en esta clase de casos, con una cierta libertad intelectual que estos puritanos llamarían laxitud, y que a esta clase de parroquianos de la vieja Inglaterra, les parecería sin duda casi cosmopolita. De todos modos, estaba seguro de que ella conseguiría lo que se propusiese, fuese bueno o malo. Sus ojos marrones eran osados hasta ser batalladores, y su enigmática boca, irónica y algo ancha, sugería que sus propósitos hacia el poético hijo del párroco, fuesen los que fuesen, eran realmente profundos.

El poético hijo del párroco, al que entrevistó, para escándalo del pueblo, en un banco frente al «León Azul», le dio una impresión de puro malhumor. Hurrel Horner, hijo del reverendo Samuel Horner, era un joven robusto con una pálida chaqueta gris con cierto toque artístico en su corbata verde pálido, que llamaba principalmente la atención por su melena de colores otoñales y su permanente ceño fruncido. Pero el padre Brown tenía su forma de hacer que la gente que rehusaba decir una sola palabra explicase por qué. Sobre las murmuraciones escandalosas que circulaban por todo el pueblo, el joven empezó a maldecir con libertad. E incluso añadió una más de su propia cosecha. Refirió amargamente los flirteos que en el pasado hubo entre la puritana señora Carstairs-Carew y el abogado, el señor Carver. Incluso llegó a acusar a dicho consejero legal de haber intentado forzarle a conocer a la señora de

Maltravers. Pero cuando empezó a hablar de su propio padre, bien fuese por un poco de decencia o de piedad, o porque su enfado era demasiado profundo como para hablar, sólo balbuceó una o dos palabras.

—Bueno, ahí está. La denuncia día y noche como una aventurera pintoresca; una especie de camarera con el pelo teñido. Le he dicho que ella no es así; usted la ha conocido por sí mismo y sabe que ella no es así. Pero él nunca se encontrará con ella. Nunca la verá en la calle o por la ventana. Una actriz ensuciaría su casa e incluso su propia persona. Si se le dice que es un puritano él dirá que está orgulloso de serlo.

—Su padre —dijo el padre Brown— tiene derecho a tener sus propios puntos de vista, sean los que sean; no son puntos de vista que yo entienda muy bien. Pero estoy de acuerdo en que no tiene derecho a juzgar a una dama a la que nunca ha visto e incluso rehusar mirarla para ver si tiene razón. Es ilógico.

—Ésa es su máxima obstinación —replicó el joven—. Ni siquiera un encuentro ocasional. Por supuesto que también truena igualmente contra mis otros gustos teatrales.

El padre Brown siguió con delicadeza la nueva apertura y consiguió mucho de lo que quería saber. La citada poesía, que era como una mancha en el carácter del joven, era casi toda poesía dramática. Había escrito tragedias en verso que habían sido admiradas por buenos críticos. No era simplemente un tonto aficionado; de hecho no era en ningún caso tonto. Tenía algunas ideas realmente originales sobre cómo interpretar a Shakespeare; era fácil entender que estuviese encantado y deslumbrado por la brillante dama de la Hacienda. Tanto dulcificó al rebelde de Potter's Pond la simpatía intelectual del sacerdote que, en su despedida, él sonrió.

Fue esa sonrisa la que de repente reveló al padre Brown que el joven era realmente miserable. Mientras sólo fruncía, podría haber sido simplemente malhumor; pero cuando sonrió fue de algún modo una revelación más real de pena.

Algo de la entrevista con el poeta siguió atormentando al sacerdote. Un instinto profundo le aseguraba que el joven robusto estaba carcomido por un pesar mayor que la historia convencional de unos padres convencionales obstaculizando el curso del amor verdadero. Seguro que era así, pues no había otra posible causa evidente. El muchacho era ya un éxito literario; se podría decir que sus libros estaban comenzando a triunfar. Tampoco bebía ni disipaba su merecida salud. Sus conocidas juergas en el «León Azul» se reducían a un vaso de cerveza suave; y además parecía ser muy cuidadoso con su dinero. El padre Brown pensó en otra posible complicación relacionada con los amplios recursos de Hurrel y sus escasos gastos, y su frente se oscureció.

La conversación de la señora Carstairs-Carew, a quien vio después, estaba destinada a pintar al hijo del clérigo con los colores más oscuros. Pero mientras estaba dedicada a bombardearle con todos los vicios posibles de los que el padre

Brown estaba seguro que el joven no tenía, él le atribuyó una típica combinación de puritanismo y cotilleo. La dama, aunque altiva, era sin embargo bastante amable, y ofreció al visitante un pequeño vaso de vino de oporto y un pedazo de pastel de semillas, al estilo de cualquiera de nuestros bisabuelos, antes de que lograse escapar de un sermón sobre la decadencia general de la moral y las costumbres.

Su siguiente escala fue mucho más chocante, ya que desapareció por un oscuro y sucio callejón, por el que la señora Carstairs-Carew se habría negado a seguirle incluso sólo con el pensamiento; y después en un piso estrecho y ruidoso, debido a una voz alta y declamatoria que procedía de un ático. De él salió, con una expresión bastante aturdida, perseguido hasta la acera por un hombre muy excitado con un barba azul y una negra levita desteñida a tonos verde botella, que estaba argumentando a gritos: ¡Él no desapareció! ¡Maltravers nunca desapareció! Apareció: él apareció muerto y yo he aparecido vivo. ¿Pero dónde está el resto de la compañía? ¿Dónde está ese hombre, ese monstruo, que robó deliberadamente mis párrafos, destrozó mis mejores escenas y arruinó mi carrera? Yo era el mejor Tubal que nunca pisó los escenarios. Él hacía de Shylock, ¡no necesitaba actuar muy bien para eso! Y todo en la gran oportunidad de toda mi carrera. Podría enseñarle recortes de prensa con mis interpretaciones de Fortinbras…

—Estoy seguro de que eran excelentes y muy merecidos —musitó el pequeño sacerdote—. Entiendo que la compañía dejase el pueblo ante la muerte de Maltravers. Pero está bien. Está todo perfectamente bien. —Y comenzó a apresurarse calle abajo.

—Él iba a actuar de Polonio —continuó el inextinguible orador detrás suyo. El padre Brown se paró de repente en seco.

—¡Oh! —dijo muy lentamente—, iba a actuar de Polonio.

—¡Ese villano de Hankin! —chilló el actor—. Siga su pista. Sígale hasta los confines de la tierra. Por supuesto que habrá dejado el pueblo; esté usted seguro. Sígale; encuéntrele y que la maldición… —Pero el sacerdote estaba otra vez corriendo alejándose calle abajo.

Dos entrevistas mucho más prosaicas pero tal vez más prácticas siguieron a esta melodramática escena. Primero el sacerdote fue al banco, donde estuvo encerrado durante diez minutos con el director; y después prestó la debida atención al anciano y amable clérigo. Aquí otra vez todo volvió a parecer a lo ya descrito, inalterado y aparentemente inalterable; uno o dos toques de devoción de tradiciones más austeras en un sobrio crucifijo en la pared, la gran Biblia en el atril y el lamento inicial del viejo pastor acerca de la creciente indiferencia ante el domingo; pero todo con un gusto delicado que no carecía de sus pequeños refinamientos y deslucidos lujos.

El clérigo también ofreció a su huésped un vaso de oporto, pero acompañado de una antigua galleta británica en lugar de la torta de semillas. El sacerdote tuvo de nuevo la extraña sensación de que todo era demasiado perfecto y de que había

retrocedido cien años en el tiempo. Sólo en un punto el amable clérigo se negó a ser amable; mansamente pero con firmeza sostuvo que su conciencia no le permitiría encontrarse con una profesional de los escenarios. No obstante, el padre Brown posó su vaso de oporto con expresiones de aprecio y agradecimiento y salió para encontrarse con su amigo el doctor, con el que se había citado en la esquina de la calle, desde donde fueron juntos a las oficinas del señor Carver, el abogado.

—Supongo que habrá tenido un paseo deprimente —comenzó el doctor— y habrá descubierto que es un pueblo bastante aburrido.

La respuesta del padre Brown fue brusca e incluso estridente:

—No llame a su pueblo aburrido. Le aseguro que, de verdad, es un pueblo realmente extraordinario.

—He estado en contacto con la única cosa extraordinaria que ha sucedido aquí jamás, creo —observó el doctor Mulborough—, e incluso eso le ha sucedido a alguien de fuera. Le tengo que contar que ordenaron la exhumación discretamente anoche; y yo realicé la autopsia esta mañana. En pocas palabras, hemos desenterrado un cadáver que está sencillamente relleno de veneno.

—Un cadáver relleno de veneno —repitió el padre Brown algo distraído—. Créame, su pueblo contiene algo mucho más extraordinario que eso.

Hubo un silencio repentino seguido por el igualmente brusco toque de un antiguo llamador en el porche de la casa del abogado, y fueron conducidos inmediatamente en presencia del hombre de leyes, que les presentó a tu vez a un caballero de pelo cano y cara amarillenta con una cicatriz que resultó ser el almirante.

En esos momentos la atmósfera del pueblo casi había penetrado en el subconsciente del pequeño cura; pero era consciente de que el abogado era el tipo de abogado que aconsejaba a personas como la señora Carstairs-Carew. Pero aunque era un pequeño pájaro arcaico, parecía algo más que un fósil. Tal vez fuera la uniformidad del ambiente, pero el sacerdote tuvo la curiosa sensación de que él mismo había sido transportado a principios del siglo diecinueve y no que el abogado hubiese sobrevivido hasta principios del siglo veinte. El cuello y el pañuelo de su camisa daban la impresión de ser un cepo cuando posaba su larga barbilla en ellos; pero estaban tan limpios como perfilados, e incluso había en él algo de un viejo y seco dandi. Resumiendo, estaba lo que se dice bien conservado, aunque en parte por estar petrificado.

El abogado y el almirante, e incluso el doctor, mostraron cierta sorpresa al descubrir que el padre Brown estaba bastante dispuesto a defender al hijo del clérigo contra las lamentaciones locales a favor del pastor.

—Yo mismo pienso que nuestro joven amigo es bastante atractivo —dijo—. Es un buen conversador y me atrevo a pensar que es un buen poeta; y la señora Maltravers, que al menos en esto es seria, dice que es un actor bastante bueno.

—En verdad —dijo el abogado— Potter’s Pond, excepto la señora Maltravers, está algo más inclinado a preguntar si es un buen hijo.

—Es un buen hijo —dijo el padre Brown—. Esto es lo extraordinario.

—Maldita sea —dijo el almirante—. ¿Quiere usted decir que realmente le tiene cariño a su padre? —El sacerdote vaciló. Entonces dijo:

—No estoy seguro de ello. Ésa es la otra cosa extraordinaria.

—¿Qué diablos quiere usted decir? —preguntó el marinero con obscenidad marítima.

—Quiero decir —dijo el padre Brown— que el hijo todavía habla de su padre de un modo imperdonablemente duro, pero parece, después de todo, que ha hecho por él mucho más de lo que debiera. Tuve una charla con el director del banco, y como estábamos investigando confidencialmente un crimen serio bajo la autoridad de la policía, me contó los hechos. El viejo clérigo se ha retirado de su trabajo parroquial; de hecho, ésta nunca fue en realidad su parroquia. Mucha de la población, que es muy pagana, como no va a la iglesia en absoluto, va a Dutton-Abbot, a menos de una milla de aquí. El anciano no tiene recursos, pero su hijo está ganando bastante dinero; y el anciano está bien cuidado. Me ofreció un oporto de una cosecha añeja de primera clase; vi filas de polvorientas y viejas botellas de él; y le dejé sentado ante un pequeño pero bastante cuidado almuerzo al estilo antiguo. Todo ha tenido que venir del dinero del joven.

—Qué ejemplo de hijo —dijo Carver con un leve desprecio.

El padre Brown asintió, frunciendo el ceño, como dándole vueltas a un enigma de su cosecha, y entonces dijo:

—Pero un modelo bastante mecánico.

En ese momento un empleado trajo una carta sin franquear para el abogado, una carta que el abogado rasgó impacientemente tras echarle un simple vistazo. Mientras se rompía, el cura vio una letra larga e increíblemente apretada y la firma de «Phoenix Fitzgerald» e intentó adivinar algo que el otro confirmó bruscamente.

—Es ese actor melodramático que está siempre dando la lata —dijo—. Tiene una disputa fija con algún camarada enmascarado muerto y desaparecido que no tiene nada que ver con el caso. Todos rechazamos verle, excepto el doctor, que lo vio; y el doctor dice que está loco.

—Sí —dijo el padre Brown apretando sus labios con intensidad—, yo diría que está loco. Pero por supuesto no puede haber ninguna duda de que está en lo cierto.

—¿En lo cierto? —gritó bruscamente Carver—. ¿En lo cierto sobre qué?

—Sobre eso de la conexión con la antigua compañía teatral —dijo el padre Brown—. ¿Saben cuál fue la primera cosa que me desconcertó de esta historia? Fue esa idea de que Maltravers había sido asesinado por aldeanos porque había insultado a su pueblo. Es extraordinario lo que los jueces de instrucción pueden hacer que el

jurado crea; y los periodistas, por supuesto, son increíblemente crédulos. No pueden saber mucho acerca de los aldeanos ingleses. Yo mismo soy un aldeano inglés; al menos crecí, junto con otros nabos, en Essex. ¿Pueden imaginar a un agricultor inglés idealizando y personificando a su pueblo, como los ciudadanos de las antiguas ciudades-estado griegas; desenvainando la espada por su sagrado estandarte, como un hombre en la diminuta república medieval de una ciudad italiana? ¿Pueden oír a un alegre vejete diciendo: «Sólo la sangre puede limpiar una mancha en el escudo de Potter's Pond»? ¡Por san Jorge y el dragón, desearía que pudieran! Pero, como una cuestión de hecho, tengo un argumento más práctico para pensar lo contrario.

Se interrumpió un momento, como si recopilara sus pensamientos, y entonces siguió adelante:

—No entendieron el significado de aquellas pocas palabras que se le oyeron decir al pobre Maltravers. No les estaba diciendo a los aldeanos que el pueblo era sólo una aldeucha. Estaba hablándole a un actor; iban a montar una función en la cual Fitzgerald iba a ser Fortinbras, el desconocido Hankin Polonio, y Maltravers, sin ninguna duda, el príncipe de Dinamarca. Tal vez alguien más quisiera el papel u opinase sobre él, y Maltravers dijo enfadado: «Usted sería un pequeño y miserable Hamlet»[4]. Eso es todo.

El doctor Mulborough estaba pasmado; parecía estar digiriendo la sugerencia lentamente pero sin dificultad. Por fin dijo, antes de que los demás pudiesen hablar:

—¿Y qué sugiere usted que deberíamos hacer?

El padre Brown se alzó muy bruscamente, pero habló con educación:

—Si estos caballeros nos disculpan un momento, le propongo que usted y yo, doctor, vayamos de paseo otra vez a casa de los Horners. Sé que el pastor y su hijo estarán ambos allí ahora. Y lo que quiero hacer, doctor, es esto. Nadie en el pueblo sabe aún, creo, lo de su autopsia y su resultado. Quiero que Hamlet simplemente les cuente a ambos, al clérigo y a su hijo, mientras están allí juntos, el estado de la cuestión: que Maltravers murió envenenado y no de un golpe.

El doctor Mulborough tenía razón en reconsiderar su incredulidad cuando le dijeron que era un pueblo extraordinario. La escena que vino a continuación, cuando llevo a cabo el plan del sacerdote, fue ciertamente de la clase de escenas en las que un hombre, como se suele decir, puede difícilmente creer lo que ve.

El reverendo Samuel Horner estaba de pie con su sotana negra, que destacaba lo plateado de su venerable cabeza. Su mano descansaba en un atril ante el cual frecuentemente permanecía para estudiar las Escrituras, ahora posiblemente sólo por casualidad, pero que le daba un aire de autoridad. Y, al otro lado, su silencioso hijo estaba sentado de cualquier manera en una silla, fumando un cigarrillo barato con una pesadez excepcionalmente malhumorada: un cuadro viviente de impiedad juvenil.

El anciano invitó a sentarse al padre Brown, lo cual éste hizo silenciosamente,

perdiéndose su mirada en el techo. Pero algo hizo sentir a Mulborough que podía transmitir sus importantes noticias de forma más impresionante si se quedaba de pie.

—Siento —dijo— que tenga que ser informado, por ser de alguna manera el padre espiritual de esta comunidad, de que una terrible tragedia, al ser investigada de nuevo, ha adquirido un nuevo significado, posiblemente incluso más terrible. Recordará la triste noticia de la muerte de Maltravers, cuyo juicio sentenció que fue asesinado por el golpe de una estaca, probablemente empuñada por algún campesino enemigo.

El clérigo hizo un gesto ondulante con su mano.

—Dios permita —dijo— que pudiera decir cualquier cosa que procurase evitar la violencia asesina de todo tipo. Pero cuando un actor trae su perversidad a este pueblo inocente, está desafiando el juicio de Dios.

—Tal vez —dijo el doctor con seriedad—. Pero en cualquier caso no fue el juicio lo que cayó. He sido encargado de dirigir un examen *post-mortem* del cadáver; y puedo asegurarle, en primer lugar, que el golpe en la cabeza no pudo bajo ningún concepto haber causado la muerte, y, en segundo lugar, que el cuerpo estaba lleno de veneno, que fue lo que, indudablemente, le causó la muerte.

El joven Hurrel Horner lanzó volando su cigarrillo y se puso de pie con la ligereza y la agilidad de un gato. Su cigarro aterrizó al menos a varios metros de la mesa del despacho.

—¿Está usted seguro de eso? —resopló—. ¿Está usted absolutamente seguro de que ese golpe no pudo causar la muerte?

—Absolutamente seguro —dijo el doctor.

—Bueno —dijo Hurrel—, sólo deseo que éste sí pueda.

En un fogonazo, antes de que nadie pudiese mover un dedo, le había pegado un fuerte puñetazo en la boca al párroco, arrojándolo como un negro muñeco descuajeringado contra la puerta.

—¿Qué está haciendo? —gritó Mulborough, temblando de pies a cabeza con el impacto y el sonido del golpe—. Padre Brown, ¿qué está haciendo este loco?

Pero el padre Brown no se había inmutado. Permanecía tranquilamente mirando al techo.

—Estaba esperando que hiciese esto —dijo el sacerdote con calma—. Me maravilla que no lo hubiese hecho antes.

—Dios santo —gritó el doctor—. Sé que pensamos que estaba equivocado en algunas cosas, pero para golpear a su padre, para pegar a un clérigo y a un pacifista…

—No ha golpeado a su padre, y no ha golpeado a un clérigo —dijo el padre Brown—. Ha golpeado a un actor sinvergüenza y chantajista vestido de clérigo, que ha vivido de él un puñado de años. Ahora sabe que está libre del chantaje, ya puede volar; y no puedo decir que le censure. Más aún cuando tengo graves sospechas de

que el chantajista es también un envenenador. Pienso, Mulborough, que debería llamar a la policía.

Salieron de la habitación sin que ninguno de los otros dos les interrumpiese, uno aturdido y tambaleante, el otro aún ciego bufando y jadeando, exaltado de rabia y alivio. Pero, cuando salieron, el padre Brown volvió su cara hacia el joven, y el joven fue uno de los pocos humanos que han visto esa cara con gesto implacable.

—Tenía razón —dijo el padre Brown—. Cuando un actor trae su perversidad a este pueblo inocente, desafía el juicio de Dios.

—Bueno —dijo el padre Brown mientras él y el doctor volvían a sentarse en un vagón de tren en la estación de Potter's Pond—, como dijo usted, es una extraña historia. Pero no creo que sea ya una historia misteriosa. De cualquier modo, me parece que la historia se resume en esto: Maltravers vino aquí, junto con parte de su compañía teatral; algunos de ellos fueron directamente a Dutton-Abbot, donde todos representaban algún melodrama sobre principios del siglo XIX; sucedió que él mismo llevaba un traje así, el traje de un dandi de esa época. Otro personaje era un párroco pasado de moda. Este papel lo tenía un hombre que solía interpretar ancianos. Había interpretado a Shylock e iba a representar a Polonio.

»La tercera figura de este drama era nuestro poeta dramático, que era también un autor dramático, y discutía con Maltravers sobre cómo representar a Hamlet, pero también y sobre todo sobre cuestiones personales. Me parece suponer que estaba ya entonces enamorado de la señora de Maltravers. No creo que hubiese nada entre ellos y ahora espero que todo les vaya bien. Pero bien pudo haber ofendido a Maltravers acerca de su capacidad conyugal; Maltravers era un bravucón y le gustaba armar follón. Pelearon con palos y el poeta golpeó fuertemente a Maltravers en la cabeza y, como quedó claro en la investigación, tuvo muchas razones para suponer que le había matado.

»Una tercera persona estaba presente o vio el incidente, el hombre que actuaba como anciano párroco, y comenzó a chantajear al presunto asesino, consiguiendo de él que le mantuviese con cierto lujo como un clérigo retirado. Era la mascarada perfecta para un hombre como él en un lugar como ése, tan simple como vestir su disfraz de clérigo retirado. Pero tenía su propio motivo para ser un clérigo muy retirado. Porque la verdadera historia de la muerte de Maltravers fue que rodó hasta el fondo de una pendiente llena de maleza, se recobró poco a poco, intentó caminar hasta una casa pero no pudo, pero no por el golpe, sino por el hecho de que el clérigo benevolente le había dado veneno una hora antes, posiblemente en una copa de oporto. Estaba empezando a pensar en esta hipótesis cuando bebí una copa de oporto del párroco. Me puso un poco nervioso. La policía está trabajando ahora en esa teoría

pero lo que tarden en poder probar esa parte de la historia no lo sé. Tendrán que encontrar el motivo adecuado, pero es obvio que este grupo de actores estaba siempre peleándose y Maltravers era muy odiado.

—La policía puede probar algo ahora que tienen la sospecha —dijo el doctor Mulborough—. Lo que no comprendo es cómo empezó usted a sospechar. ¿Cómo pudo sospechar de un caballero con sotana negra tan inofensivo?

El padre Brown sonrío débilmente.

—Supongo que en cierto sentido —dijo— fue un tipo de conocimiento especial, casi un conocimiento profesional pero en un sentido peculiar. Usted sabe que nuestros polemistas se suelen quejar de que hay una gran ignorancia acerca de cómo es nuestra religión en realidad. Pero es más curioso que eso. Es cierto, y no es ni mucho menos extraño, que Inglaterra no sabe mucho sobre la Iglesia de Roma. Pero Inglaterra no sabe mucho sobre la Iglesia de Inglaterra. No tanto como yo sé. Se quedaría anonadado de qué poco sabe el público medio sobre las controversias anglicanas; muchos de ellos ni siquiera saben qué significa un sacerdote de la High Church o de la Low Church, incluso en sus prácticas particulares, no digamos las dos teorías filosóficas e históricas que hay detrás. Puede ver esta ignorancia en cualquier periódico o en cualquier novela o representación popular.

»La primera cosa que me sorprendió fue que ese venerable clérigo tenía todo ese asunto increíblemente confuso. Ningún párroco anglicano podría estar tan equivocado sobre cualquier problema anglicano. Se suponía que era un viejo *torie* de la High Church, y luego presumía de ser un puritano. Un hombre como aquél podría ser personalmente un puritano, pero nunca se habría llamado tal cosa. Él profesaba un odio hacia la escena y no sabía que los hombres de la High Church generalmente no tienen ese horror especial, mientras que los de la Low Church sí. Hablaba como un puritano acerca del Sabbath y después tenía un crucifijo en su cuarto. Evidentemente, no tenía ni la más mínima idea de lo que un piadoso párroco debía ser, excepto que debía ser muy solemne y venerable y fruncir el ceño a los placeres del mundo.

»Todo este tiempo había una idea subconsciente rondando en mi cabeza, algo que no podía fijar en mi memoria, y, de repente, vino a mí. Un párroco de teatro: eso era exactamente el impreciso y venerable viejo loco, que sería la noción más cercana que una obra popular de teatro o un personaje de la vieja escuela tiene de algo tan extraño como un hombre religioso.

—Por no decir nada de un médico de la vieja escuela —dijo Mulborough con buen humor— que no alcanza a saber gran cosa acerca de lo que es ser un hombre religioso.

—De hecho —continuó el padre Brown— había un motivo más claro y luminoso para sospechar. Tenía que ver con la Oscura Dama de la Hacienda, que se suponía que era la vampiresa del pueblo.

»Desde el principio tuve la impresión de que este punto oscuro era la parte más clara del pueblo. Era tratada como un misterio, pero en realidad no había nada misterioso en ella. Había llegado aquí recientemente, abiertamente, bajo su nombre verdadero, para ayudar a las nuevas investigaciones que debían hacerse sobre su propio marido. Él no la había tratado demasiado bien, pero ella tenía principios, sugiriendo que en algo se debía a su nombre de casada y a la justicia ordinaria. Por la misma razón ella fue a vivir a la casa en cuyas afueras su marido había encontrado la muerte. El otro caso inocente y directo, junto a la vampiresa del pueblo, era el escándalo del pueblo, el hijo libertino del párroco. Él no olvidó nada de su profesión o de sus pasadas conexiones con el mundo de la actuación. Por eso nunca sospeché de él como en cambio sí hice del párroco. Pero usted ya habrá supuesto una razón real y relevante para sospechar del párroco.

—Sí, creo que lo sé —dijo el doctor—. Por eso sacó a colación el nombre de la actriz.

—Sí, me refiero a su fanática fijación con no querer ver a la actriz —remarcó el sacerdote—. Pero en realidad él no rechazaba verla a ella. Rechazaba que ella le viese a él.

—Sí, ya veo —afirmó el otro.

—Si ella hubiese visto al reverendo Samuel Horner, habría reconocido de inmediato al irreverenciado actor Hankin, disfrazado como una pésima imitación de párroco impostor. Bueno, esto es todo acerca de este sencillo idilio de pueblo, creo. Pero debe admitir que yo mantuve mi promesa; le he mostrado algo en este pueblo más terrorífico que un cadáver, incluso más que un cadáver empapado de veneno. La negra sotana de un párroco rellena con un chantajista es, al menos, más noticiable, y mi hombre vivo es más mortífero que su hombre muerto.

—Sí —dijo el doctor, acomodándose confortablemente en los cojines—. Si hubiese que elegir un acompañante para un viaje en tren, creo que preferiría el cadáver.

La máscara de Midas[5]

Ante una pequeña tienda se encontraba un hombre con una actitud tan rígida que parecía el típico Highlander escocés de madera de los antiguos estancos. Era difícil imaginarse que alguien pudiera mantenerse de pie tan inmóvil ante un comercio, a no ser que fuera el propietario en persona. Pero se daba una grotesca desproporción entre el propietario de la tienda y la tienda misma. Pues ésta era una de esas encantadoras tiendas de objetos variopintos que los niños y los sabios de verdad inspeccionan como si fuera un país de fantasía. Muchos, en cambio, que poseen un gusto más vulgar, no habrían sido capaces de distinguirla de un cubo de basura. En pocas palabras, en sus momentos más orgullosos se presentaba como un gabinete de curiosidades, aunque por lo común se la designaba como una tienda de trastos viejos, sobre todo por los comerciantes sobrios y diligentes. Estaba situada en una de tantas callejuelas de una ciudad portuaria. A quien le gusten estas cosas, no habrá que contarle la historia de los tesoros de la tienda, pues ni siquiera a los tesoros más valiosos se les podía atribuir una finalidad adecuada, cualquiera que ésta fuera. Allí se encontraban diminutos modelos de barcos con todos sus aparejos, sellados en botellas o conservados en resina o en cualquier otra extraña materia adhesiva oriental; bolas de cristal en las que tormentas de nieve caían sobre figuras humanas harto flemáticas; huevos enormes que posiblemente hubiesen puesto pájaros prehistóricos; calabazas deformes que más bien habrían contenido veneno antes que vino; armas extrañas; raros instrumentos de música, y muchas cosas más; y todo ello cada vez se hundía más en el polvo y en el caos. El propietario de esa tienda podría haber sido cualquier judío achacoso que tuviera algo de la dignidad del árabe y su larga chilaba. También habría podido ser un gitano de desvergonzada belleza exótica, adornado con anillos de oro y de latón. Pero era alguien sorprendentemente diferente. Era un hombre joven, delgado y despierto, bien vestido con un traje de corte americano, con uno de esos rostros largos y afilados, bastante duros, que tanto se ven entre los americanos de procedencia irlandesa. Se había bajado el ala del sombrero de tal suerte que le tapaba un ojo y en la comisura de sus labios se elevaba un largo y apestoso cigarro de Pittsburgh. Nadie que le estuviera observando se habría sorprendido al descubrir que llevaba una pistola en el bolsillo de la chaqueta. El rótulo que se encontraba sobre su tienda decía: «Denis Hara».

Los que en ese momento fijaban su mirada en Denis Hara eran casualmente hombres de cierta importancia. Tal vez fueran también importantes para él, pero nadie habría podido deducirlo de sus marcados rasgos, tan duros como el pedernal, ni de su demostrativa serenidad viril. El más llamativo de estos observadores era el coronel Grimes, el jefe de policía del condado. Era un hombre algo torpe, con largas piernas y un largo rostro. Poseía la confianza de los hombres que le conocían bien,

pero no era muy querido entre aquellos que pertenecían a su clase social porque mostraba claramente que prefería ser policía a terrateniente. En suma, el jefe de policía había cometido el delicado pecado de preferir el servicio de policía a la nobleza. Esta conducta excéntrica había fomentado su natural taciturnidad e, incluso para un detective capaz como él, se mostraba inusualmente parco y misterioso en lo que concernía a sus planes y descubrimientos. Mucho más se sorprendieron, en consecuencia, sus acompañantes, que le conocían bien, cuando se detuvo ante el hombre con el cigarro y habló con voz alta y clara, como raras veces se le había visto hacerlo en público.

—Le puedo decir abiertamente, señor Hara, que mis hombres han recibido informes que justifican mi petición de una orden judicial para registrar su comercio. Tal vez —así lo espero— no sea necesario molestarle más. Pero he de advertirle que vigilaremos estrechamente todo lo que ocurra en este lugar.

—¿Han venido todos para adquirir alguno de mis barcos? —preguntó tranquilamente el señor Hara—. Muy bien, coronel, no quisiera ponerle ningún límite a su libre y gloriosa constitución británica, pero permítame que dude que pueda penetrar de esa manera en mi pequeño y humilde comercio.

—Ya verá como tengo razón —respondió el coronel—. Ahora mismo buscaré a los dos jueces que se necesitan para firmar la orden de registro.

Los dos hombres que se encontraban detrás del jefe de policía dejaron asomar un ligero gesto de asombro, aunque diferente en cada uno de ellos. El inspector Beltane era un hombre alto, oscuro y corpulento, en cuyo trabajo se podía confiar, aunque no fuese muy hábil a la hora de terminarlo. Miraba algo confuso cuando su superior se dio la vuelta. El tercer hombre tenía una figura robusta y achaparrada. Llevaba el sombrero negro y redondo de un clérigo y también tenía la figura redonda, revestida de negro, de un clérigo. Hasta ese momento su redondo rostro había parecido un poco soñoliento, pero entre sus párpados semicerrados lucía un brillo especial. También él fijaba su mirada en el jefe de policía, pero con algo que era más que mero asombro, más bien como si se le hubiese ocurrido una nueva idea.

—¡Bueno! —dijo el coronel Grimes—, me imagino que querrán comer. Es una vergüenza por mi parte arrastrarlos de un sitio a otro a las tres de la tarde. Por fortuna el primer hombre al que quiero visitar trabaja en el banco por el que ahora mismo estamos pasando y a unos pocos metros hay un restaurante muy decente. Al segundo juez, que se encuentra en la próxima calle, le visitaremos después de comer. En esta parte de la ciudad sólo hay dos jueces de paz y por suerte los dos viven muy cerca. El banquero hará pronto lo que quiero, así que primero vamos a verle y lo dejamos listo.

Un número considerable de puertas con ornamentos dorados y cristal tallado los condujo por el laberinto de pasillos del banco Casterville & County. El jefe de policía se dirigió derecho al santuario interior con el que parecía estar muy familiarizado.

Allí se encontró con sir Archer Anderson, el famoso especialista en finanzas, así como consejero de ése y de otros muchos respetables bancos. Era un hombre mayor serio y encantador con pelo gris rizado y una perilla gris puntiaguda pasada de moda. Por lo demás, se vestía con una variante sobria, aunque correcta, de la moda imperante. Tan sólo un vistazo bastaba para comprobar que se sentía tan cómodo en la clase superior como el jefe de policía. Pero también, como el policía, parecía preferir el trabajo al juego. Apartó a un lado una montaña de documentos, emitió un saludo de bienvenida, indicó un sillón y dio la impresión de querer ir enseguida al grano.

—Lo siento, pero no venimos por asuntos bancarios —dijo Grimes—. Se trata de un caso bastante extraño y diría que hasta ahora desconocido en la región. Es evidente que tenemos nuestra propia población criminal; además, están los vagabundos con su inclinación a tramar algo juntos, aunque sea un poco al margen de la ley, pero esto es una cosa muy diferente. A mí me parece que ese Hara, que con toda seguridad es americano, también es un gángster americano. Un gángster a lo grande y con toda una organización del crimen que aquí es prácticamente desconocida. Pero antes que nada, ¿conoce las últimas novedades de nuestro distrito?

—Probablemente no —respondió el banquero con una sonrisa glacial—. No estoy muy enterado de los asuntos de la policía local. Además he llegado recientemente para examinar los negocios de esta filial. Hasta hace muy poco aún me encontraba en Londres.

—Ayer se fugó un preso —dijo el coronel con seriedad—. Ya sabe que en el pantano, a una distancia de una o dos millas de aquí, hay una gran prisión. Muchos hombres purgan allí sus condenas, pero hoy hay uno menos que anteayer.

—Claro, de esas cosas sí que he oído algo —respondió el otro—. Los presos se suelen escapar de vez en cuando, ¿o no?

—Eso es verdad —afirmó el jefe de policía—. Tal vez no suela ser una cosa tan extraordinaria, pero en este caso sí que lo es, puesto que no sólo se ha escapado, sino que también ha desaparecido. Los presos se fugan de la prisión, pero la mayoría de las veces regresan a ella. O al menos logramos hacernos una idea de cómo lograron fugarse.

»Este hombre, sin embargo, parece haberse desvanecido de repente a unos cientos de yardas de las puertas de la prisión, igual que un fantasma o un hada. Pero como tengo muchas dudas de que ese hombre sea un fantasma o un hada, he de recurrir a la única explicación natural: que desapareció de un instante a otro como por arte de magia en un coche que muy probablemente formaba parte de toda una flota automovilística, sin mencionar a los espías y conjurados que ejecutaron el plan. Estoy seguro de que sus amigos y vecinos, por mucho que simpatizaran con él, no hubieran podido organizar algo semejante. Es un hombre bastante pobre que fue condenado

por caza furtiva. Todos sus amigos son pobres y la mayoría de ellos es posible que también sean cazadores furtivos. No hay duda de que ha matado a un guardabosque, aunque, para ser justo, mencionaré que muchos creen que se debió llamar homicidio y no asesinato. La pena de muerte se tuvo que conmutar en cadena perpetua y, mientras tanto, a causa de una sentencia más adecuada, se le había acortado considerablemente la pena. Pero alguien la ha reducido aún mucho más y de una manera para la que se necesita previamente dinero, gasolina y una experiencia práctica. Él solo no lo habría conseguido. Tampoco ninguno de sus compañeros lo habría podido hacer por él. Pero no quiero seguir ocupando su tiempo con los detalles de nuestra investigación. Estoy seguro de que el cuartel general de la organización se encuentra en esa pequeña trastería de la esquina. Y lo mejor sería disponer de una orden de registro para entrar ahora mismo en el comercio. Ya sabe, sir Archer, que su decisión se limita al registro. Si el hombre de la tienda es inocente, todos podremos testimoniarlo. Pero estoy seguro de que el registro es necesario y para ello necesito las firmas de dos jueces. Por esta razón le hago perder su precioso tiempo en asuntos policiales, que mejor emplearía en asuntos de negocios. Si cree que puede firmar esa clase de documento, lo he preparado para usted. Una vez firmado, ya no tendré motivo alguno para seguir interrumpiendo su trabajo.

Presentó a sir Archer un documento. Una vez que el banquero lo hubo leído rápidamente, pero con el entrecejo arrugado de un hombre que está acostumbrado a asumir graves responsabilidades, tomó su pluma y lo firmó.

El policía se levantó pronunciando un amistoso agradecimiento. Se dirigió a la puerta y comentó de pasada, como alguien que habla del tiempo:

—No creo que una casa de este rango se vea afectada por crisis económicas o turbulencias. Por lo que sé, éstos son días peligrosos incluso para las sociedades pequeñas más sólidas.

Sir Archer se levantó rígido y con una expresión de desagrado por el hecho de que le hubieran relacionado, aunque sólo fuera por un instante, con sociedades pequeñas.

—Si sabe algo, aunque sea poco, del banco Casterville & County —dijo, no sin una sombra de enojo—, sabrá que es muy improbable que se vea afectado por cualquier cosa o por cualquier persona.

El coronel Grimes condujo a sus amigos fuera del banco, como un pastor a su rebaño, y los sentó con bondadoso despotismo en el restaurante cercano. Pero él salió disparado para encontrarse con el otro juez. Se trataba de un anciano abogado que también era un viejo amigo, un tal Wicks, que le había ayudado ocasionalmente en asuntos jurídicos. Al inspector Beltane y al padre Brown no les quedó otro remedio que quedarse sentados y esperar con solemnidad a su regreso.

—¿Tengo razón —preguntó el padre Brown con sonrisa amistosa— si supongo

que está preocupado por algo?

—Yo no diría «preocupado» —respondió el inspector—. El asunto con el banquero fue muy fácil. Pero si se conoce bien a una persona, se tiene un extraño sentimiento cuando no actúa como suele actuar. El coronel es el trabajador más parco y silencioso que he conocido nunca en la policía. Con frecuencia ni siquiera cuenta a los colegas más próximos qué es lo que está pensando. ¿Por qué, entonces, dijo en plena calle, con una voz tan alta como le fue posible, que quería registrar la tienda? Otras personas, por no hablar de nosotros, se detuvieron y se pusieron a escuchar. ¿Por qué demonios tenía que contarle a ese pistolero que pretendía registrar su tienda?, ¿por qué no se limitó sencillamente a registrarla?

—La respuesta a su pregunta —dijo el padre Brown— es que no pretendía registrar su tienda.

—¿Por qué ha gritado a toda la ciudad que lo quería hacer?

—Bueno —siguió diciendo el padre Brown—, creo que ahora toda la ciudad está hablando de su visita al gángster, pero nadie ha notado su visita al banquero. Las únicas palabras que realmente quería decir eran aquellas que dejó caer al final, prestando atención a la reacción del banquero. Ahora bien, si ya existiese un rumor sobre dicho banco, toda la ciudad se habría alterado al verle visitándolo directamente. Necesitaba tener un motivo de lo más normal para ir al banco y no pudo encontrar otro mejor que el de pedir a dos jueces que firmasen un documento normal. Una buena jugada.

El inspector Beltane le miraba fijamente con la boca abierta.

—¿Y qué opina usted? —preguntó al final.

—Creo —respondió el sacerdote— que el coronel Grimes no estaba muy lejos de la verdad cuando habló del cazador furtivo como de un hada. ¿O debemos decir como de un fantasma?

—¿No pensará —dijo el inspector con incredulidad— que Grimes se ha inventado al guardabosque asesinado y al preso fugado? ¿Por qué habría de informarme entonces con anterioridad de ello, como si se hubiese tratado de un asunto policial ordinario?

—Yo no llegaría tan lejos —dijo indiferente el padre Brown—. Tal vez haya habido aquí un incidente previo, pero no tiene nada que ver con la historia tras la cual se encuentra Grimes. Desearía que así fuera.

—¿Por qué dice eso? —preguntó el otro.

El padre Brown le miró de frente con sus ojos grises, serios y sinceros.

—Porque ya no entiendo nada —respondió él—. ¡Oh, yo sé muy bien cuándo no entiendo nada! Y lo comprendí cuando me di cuenta de que perseguimos a un banquero estafador y no a un vulgar asesino. Ya ve, no sé muy bien cómo llegué a involucrarme en estos casos criminales, pero la verdad es que mi experiencia

prácticamente se reduce a asesinos vulgares. El asesinato es necesariamente algo humano y personal, pero se ha llegado a permitir que el robo moderno se convierta en algo del todo impersonal. No sólo es secreto, sino anónimo, casi declaradamente anónimo. Incluso si usted fuera asesinado, tal vez lograra captar con una mirada fugaz el rostro del hombre que lo apuñaló. En el primer caso en que me vi involucrado, se trató de un pequeño incidente doméstico en el cual se decapitó a un hombre y se le puso la cabeza de otro. Ojalá estuviera en un idilio cómodo y apacible como aquél. Por entonces sí que entendía del asunto.

—Desde luego, un incidente muy idílico —dijo el inspector.

—En todo caso, un incidente muy individual —replicó el padre Brown—, y no algo como esa irresponsable conducta en las finanzas. No se puede cortar a alguien la cabeza como una decisión de un comité puede cortarle a alguien el agua caliente. Pero de esta manera sí se pueden recortar tarifas o ganancias. O, para seguir con el mismo ejemplo, aunque a un hombre se le pueden poner dos cabezas, todos sabemos, sin embargo, que un hombre en realidad no tiene dos cabezas. Pero una empresa puede tener dos cabezas o dos rostros, o medio centenar de rostros. No, yo desearía que me devolvieran a mi cazador furtivo sediento de sangre y a mi guardabosque asesinado. A estos dos los comprendería completamente, si prescindimos, claro está, del hecho de que, por desgracia, nunca han existido.

—¡Pero eso es absurdo! —exclamó el inspector, que intentaba contrarrestar la impresión que le habían causado las palabras del padre Brown—. Le digo que Grimes ya habló antes de ello. Puedo imaginarme que en breve se habría liberado sin más al cazador furtivo, aunque es seguro que había asesinado al otro de una manera bastante fea, golpeándole una y otra vez con la culata de la escopeta. Pero posiblemente se topó con el guardabosque en el momento en que éste se disponía a invadir su terreno, pues el guardabosque era en este caso el cazador furtivo. No gozaba de buena fama en la región, es posible que también desempeñara un papel la provocación. Se trataba de un asunto que caía en el ámbito de la ley no escrita.

—Precisamente a eso me refiero yo —dijo el padre Brown—. El asesinato moderno con frecuencia posee una cierta conexión lejana y pervertida con una ley no escrita. Pero el robo moderno ensucia el mundo con papel y pergamino, cubriéndolo sólo con una anarquía escrita.

—Me temo que de eso no saco nada en limpio —dijo el inspector—. Tenemos al cazador furtivo, que es un preso o un preso fugado. Tenemos, o teníamos, al guardabosque. Y, según todas las apariencias, tenemos al gángster. Pero a lo que usted se refiere con la confusa historia sobre el banco, rebasa con mucho mi capacidad imaginativa.

En ese instante se abrió la puerta del restaurante, y el coronel entró impulsado por una ola de triunfo. A remolque llevaba a una pequeña figura vivaracha con pelo

canoso y un rostro surcado de arrugas risueñas. Era el otro juez, cuya firma resultaba esencial para el documento exigido.

—El señor Wicks —dijo el coronel con un gesto de presentación— es el mejor especialista de nuestro tiempo en todos los asuntos de estafa financiera. Es un golpe de suerte que sea el juez de paz en este distrito.

El inspector Beltane se atragantó y pareció buscar aire para respirar.

—¿No querrá decir que el padre Brown tiene razón?

—Ya sabía yo que eso ocurriría —dijo el coronel Grimes con modestia.

—Si el padre Brown ha dicho que sir Archer Anderson es un monstruoso estafador, tiene toda la razón —dijo el señor Wicks—. No necesito mostrarle aquí todas las pruebas. Lo más prudente sería darle a la policía sólo los primeros indicios y, naturalmente, también al estafador. Debemos observarle con atención y evitar que saque provecho de algún error por nuestra parte. Pero creo que haríamos bien en visitarle e interrogarle con más franqueza de lo que ya han hecho; un interrogatorio en el que quizá el cazador furtivo y la tienda de cachivaches no desempeñen un papel tan importante. Puedo comunicarle lo suficiente de lo que sabemos para asustarle sin que tengamos que arriesgar denuncias por difamación o por daños y perjuicios. Y siempre existe la posibilidad de que en el intento de silenciar algo, le cojamos en un desliz. Vayamos entonces; hemos escuchado rumores preocupantes sobre este asunto y queremos obtener claridad sobre varios aspectos. Ésta es por ahora nuestra posición oficial.

Y se levantó de un salto, ágil y despierto como un jovenzuelo.

La segunda conversación con sir Archer Anderson fue muy diferente en el tono y en el transcurso, pero sobre todo en su final. Habían ido sin la firme intención de atacar al gran banquero. Pero pronto se dieron cuenta de que él ya se había decidido a atacarlos a ellos. Las puntas de su bigote se elevaban como sables de plata y su blanca perilla surgía como un espolón de acero. Antes de que uno de ellos hubiese podido decir dos palabras, se levantó y golpeó la mesa.

—Ésta es la primera vez que alguien se manifiesta así sobre el banco Casterville & County, y les prometo que será la última. Si en vista de tan grotescas difamaciones mi reputación no bastase para refutarlas, tan sólo el prestigio de esta casa las haría ridículas. Abandonen esta casa, caballeros, desaparezcan, y diviértanse acusando al tribunal supremo o inventándose historias frívolas acerca del arzobispo de Canterbury.

—Todo eso está muy bien —dijo Wicks, manteniendo su cabeza en actitud retadora, como si fuera un bulldog—, pero hay un par de cosas que deberá aclarar más tarde o más temprano.

—Por decirlo de una manera precavida —dijo el coronel en un tono más suave—, hay muchas cosas sobre las que queremos saber más.

La voz del padre Brown sonó como algo frío y lejano, como si procediera de otra estancia o de la calle o de algún sitio distante.

—Coronel, ¿no cree que ya sabemos todo lo que queríamos saber?

—No —dijo el coronel con sequedad—. Soy policía; quizá piense demasiado, y creo que tengo razón, pero aún no lo sé.

—¡Oh! —dijo el padre Brown, enarcando brevemente las cejas—. No me refiero a lo que usted cree saber.

—Supongo que es lo mismo que lo que usted cree saber —dijo Grimes con algo de brusquedad.

—Lo siento mucho —dijo el padre Brown contrito—, pero lo que yo sé es algo muy diferente.

El ánimo de duda y la disparidad de criterios con que salió el pequeño grupo dejando como dueño del campo de batalla al arrogante banquero, los impulsó a ir de nuevo al restaurante para allí, aunque un poco temprano, tomar su té, fumar y buscar una aclaración completa de lo sucedido.

—Siempre he sabido que usted podía terminar desesperando a la gente —le dijo el policía al sacerdote—, pero siempre tenía la impresión aproximada de lo que pretendía. Pero en este momento la única impresión que tengo es que se ha vuelto loco.

—Es extraño que diga eso —le replicó el padre Brown—, pues me he esforzado por reconocer mis propios defectos en todos los sentidos y lo único que realmente creo saber de mí mismo es que no estoy loco. Por supuesto que peco de aburrido pero, por lo que sé, nunca he perdido el contacto con la realidad. Me parece peculiar que hombres tan brillantes como ustedes lo pierdan con tanta rapidez.

—¿A qué se refiere con «realidad»? —preguntó Grimes saliendo de un iracundo silencio.

—¡Me refiero al sentido común! —dijo el padre Brown con un arrebato explosivo tan raro en él que sonó como un trueno—. Ya he manifestado que no entiendo nada sobre todas estas conexiones financieras y estos casos de corrupción. Pero ¡qué caramba!, hay una manera determinada en que los hombres pueden enjuiciar las cosas. No tengo ni idea de asuntos financieros, pero he conocido a personas que hacen negocios financieros. Tal vez por esto también he conocido a estafadores. Pero ustedes deben saber más sobre ellos que yo. Y, no obstante, pueden tragarse aquí algo imposible.

—¿Algo imposible? —preguntó el coronel, y le miró fijamente.

El padre Brown se inclinó de repente sobre la mesa y dirigió una mirada penetrante a Wicks, tan intensa como pocas veces había mostrado.

—Señor Wicks, usted debe saberlo mejor. Yo sólo soy un pobre cura y naturalmente no sé nada. A fin de cuentas nuestros amigos de la policía no se

encuentran a menudo con banqueros, a no ser que un cajero negligente se corte la garganta. Pero usted ha debido hablar continuamente con banqueros y sobre todo con banqueros en bancarrota. ¿No ha estado precisamente en esa situación veinte veces? ¿Acaso no ha tenido siempre el valor de dirigir sus primeras sospechas a hombres serios, como lo ha hecho hoy al mediodía? ¿No ha hablado con veinte o treinta financieros que estaban a punto de quebrar precisamente uno o dos meses antes de que quebrasen?

—Bueno, sí —dijo el señor Wicks lentamente y con prudencia—, creo que sí.

—Bien —dijo el padre Brown—, ¿ha hablado ni siquiera uno de ellos así?

La pequeña figura del abogado dio un respingo apenas perceptible, de tal suerte que sólo se podía decir que se sentaba una pulgada más recto que antes.

—¿Ha conocido a alguien en toda su vida —preguntó el sacerdote con perseverancia y un nuevo vigor— que estuviera involucrado en negocios sucios y que con la primera sombra de una duda se exasperase de esa manera? ¿Y uno que dijera a la policía que no debía osar injerirse en los secretos de su sagrado banco? Bueno, fue casi como si se le estuviera pidiendo al jefe de policía que registrara su banco y que le detuviera al instante. Usted sabe más que yo de estos asuntos. Pero apostaría cualquier cosa a que todo financiero dudoso que usted ha conocido ha hecho precisamente lo contrario. No habría respondido con ira a sus primeras preguntas, sino con ironía. Si se hubiera llegado lo bastante lejos, habría terminado el interrogatorio con una respuesta vacía y ya preparada a cada una de las novecientas noventa y nueve preguntas que usted tenía preparadas. ¡Explicaciones! ¡Nadan en explicaciones! ¿Acaso cree que a un financiero tan escurridizo no se le han planteado nunca preguntas de ésas?

—¡Al diablo con todo eso, generaliza demasiado! —dijo Grimes—. Parece demasiado fascinado con su idea del perfecto estafador. Pero a fin de cuentas ni siquiera los estafadores son perfectos. No prueba nada que un banquero en quiebra pierda sus nervios en un arrebato emocional.

—El padre Brown tiene razón —intercedió Wicks, después de haber digerido lo hablado—. Es completamente cierto que toda esa petulancia y esa extravagante obstinación no es la mejor estrategia defensiva para una estafa. Pero qué otra cosa podría ser. No ocurre que banqueros serios desplieguen el estandarte, toquen la corneta y saquen la espada con más frecuencia que los banqueros menos serios.

—Por lo demás —dijo Grimes—, ¿por qué habría de exasperarse?, ¿por qué debería echarnos del banco si no tiene nada que ocultar?

—Bueno —dijo el padre Brown con gran lentitud—, yo no he dicho que no tenga nada que ocultar.

La conversación terminó en silencio y confusión, cuando Beltane, sin renunciar, cogió el brazo del sacerdote por un instante y lo retuvo.

—¿Cree o no cree —preguntó con brusquedad— que el banquero es un sospechoso?

—No —dijo el padre Brown—, creo que el sospechoso no es ningún banquero.

Cuando uno tras otro abandonaron el restaurante, con más inseguridad y lentitud que de costumbre, un estruendo hizo que se detuvieran en la calle. La primera impresión fue que alguien rompía los cristales de los escaparates. Pero una vez que se habían orientado, pudieron localizar el origen del ruido. Eran las puertas de cristal talladas en dorado y las ventanas del espléndido edificio que habían visitado esa mañana, aquella envoltura del santuario del banco Casterville & County que se había estremecido desde el interior por un ruido que parecía proceder de una explosión de dinamita. En realidad ese ruido resultó proceder de una furia destructiva humana. El jefe de policía y el inspector penetraron en el oscuro interior pisando los cristales rotos y regresaron con rostros rígidos de asombro, aunque con un gesto de certeza.

—Ahora todo está claro —dijo el inspector—. Ha matado con un atizador al hombre que habíamos dejado para que observase el edificio. Al primero que ha querido saber lo ocurrido le ha lanzado una pesada caja de caudales en el pecho. Debe de ser una bestia.

En medio de toda la confusión, el señor Wicks, el abogado, se volvió con un gesto de disculpa y de reconocimiento hacia el padre Brown:

—Señor, me ha convencido por completo. Aquí tenemos una nueva escenificación del banquero que se fuga.

—Hemos de poner en marcha a nuestros hombres y detenerle de inmediato —le dijo el jefe de policía al inspector—, o terminará por destrozar toda la ciudad.

—Sí —dijo el padre Brown—, es un tipo bastante violento. Es su gran tentación, recuerde cómo empleó ciegamente su escopeta como maza para golpear una y otra vez al guardabosque sin que se le ocurriera disparar en ningún momento. Éste es naturalmente el tipo de hombres que todo lo hace mal, incluso asesinar. Pero lo que, sin embargo, logran, es fugarse de la prisión.

Sus acompañantes le miraron con asombro y siguieron con esa banal expresión cuando se dio la vuelta y empezó a caminar.

—Y así —dijo el padre Brown, mientras miraba a sus acompañantes en el restaurante, cerveza en mano, con un brillo especial en sus ojos, y con el mismo aspecto que habría tenido el señor Pickwick en la venta de un pueblo—, así llegamos a nuestra vieja historia aldeana del cazador furtivo y del guardabosque. Despierta tanto mi ánimo porque se trata de uno de esos crímenes que se cuentan confortablemente ante la chimenea y no de esta niebla financiera confusa e indistinta, una niebla que realmente está llena de fantasmas y sombras. Todos conocen la vieja historia. La han escuchado en el regazo de sus madres. Pero es muy importante, amigos míos, mantener claras en la memoria esas viejas historias tal y como nos las

contaron. Esta pequeña historia del campo se ha contado hasta la saciedad. Un hombre es encarcelado por un crimen pasional, en la prisión muestra una violencia similar, mata a un vigilante y se fuga con ayuda de la niebla del pantano. Tiene suerte, pues se encuentra con un caballero bien vestido y le obliga a intercambiar los trajes.

—Sí, ya he escuchado con frecuencia esa historia —dijo Grimes arrugando el entrecejo—. Usted dijo que era importante acordarse de la historia…

—Es importante recordar la historia —siguió diciendo el padre Brown—, pues es una muestra clara y precisa de lo que no ocurrió.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó el inspector.

—Pues precisamente todo lo contrario —dijo el padre Brown—, una pequeña pero considerable mejora. No fue el preso el que se puso a buscar a un caballero bien vestido con el que pudiera intercambiar sus ropas. Fue el caballero el que se introdujo en la región pantanosa para buscar un preso con el fin de gozar de la sensación de llevar el traje de un presidiario. Él sabía que un preso se había escapado y andaba por el pantano y quería por todos los medios su traje. Es probable que también conociera el plan de fuga, preparado para que se recogiera al preso y se le sacara del pantano. No es seguro el papel desempeñado por Denis Hara y su banda, si intervinieron en la primera o en la segunda parte del plan. Pero creo probable que trabajaban para los amigos del cazador furtivo y también en pro de sus intereses, pues gozaba de gran simpatía en las capas pobres de la población. No obstante, creo más bien que nuestro amigo, el caballero bien vestido, obró su pequeña transformación escénica mediante su talento innato. Era un caballero muy bien vestido, que llevaba trajes muy a la moda, como diría un sastre. También tenía un pelo blanco muy bien cuidado y una perilla, lo cual debía al peluquero antes que al sastre. Con frecuencia había encontrado útil en su vida esa apariencia. Han de tener en cuenta que hasta entonces sólo había hecho breve acto de presencia en la ciudad y en el banco. Cuando finalmente avistó la figura del preso, cuyo traje codiciaba, se confirmó su información de que era un hombre de altura similar. El resto consistió en dotar al preso con el sombrero, la peluca, la perilla y el espléndido traje, hasta que el vigilante, al que golpeó en la cabeza, apenas le reconociera. A continuación, nuestro brillante banquero se puso la ropa del preso y sintió por primera vez después de meses, o quizá años, que había escapado y que era libre. Pues él no disponía de ningún grupo de simpatizantes pobres que le ayudaran o escondieran si supieran la verdad. No había ninguna intención favorable entre los abogados decentes y directores que indicara que ya había sufrido lo suficiente o que su liberación sería pronto posible. Ni siquiera en el mundo del hampa tenía amigos, pues siempre había sido una pieza de adorno de los diez mil de arriba, del mundo de nuestros conquistadores y de nuestros señores, a los que permitimos con tanta facilidad que

mantengan la supremacía. Era uno de esos magos de la modernidad. Era un genio de las finanzas, y sus robos eran robos a miles de pobres. Cuando realmente atravesara la frontera (una frontera harto débil en el derecho moderno), cuando el mundo llegara a descubrir sus manejos, el mundo entero estaría contra él. Puedo imaginarme que él, inconscientemente, consideraba la prisión como un hogar. No sabemos con exactitud cuáles eran sus planes. Aun en el caso de que la institución penitenciaria le hubiese detenido y hubiese probado con ayuda de las huellas dactilares que no era el preso fugado, no se puede conocer qué habrían podido aportar como prueba contra él en ese momento. Pero creo más probable que él sabía que la organización de Hara le ayudaría y le sacaría del país sin perder tiempo. Tal vez tenía negocios con Hara, y tal vez ninguno de los dos cuenta toda la verdad. Esos acuerdos entre los grandes hombres de negocios y los gángsters están muy extendidos en América, porque ambos trabajan en el mismo ramo. Me imagino que no habría muchas dificultades en convencer al reo. A él le parecería un plan muy esperanzado. Tal vez pensara que era una parte del plan de fuga de Hara. En todo caso, se desprendió de su traje de presidiario y asumió con un traje de primera calidad una posición de primer rango, donde, aceptado socialmente, podría reflexionar con tranquilidad sobre sus siguientes pasos. Pero ¡qué error! ¡Qué trampa, qué truco del destino! Un hombre, que casi había purgado toda su pena, encarcelado por un crimen oscuro y casi olvidado, que se fuga de la prisión, que se alegra de vestirse como un dandi con el traje del mayor criminal del mundo y que a la mañana siguiente va a ser perseguido con focos luminosos por todas partes. Sir Archer Anderson en sus mejores tiempos logró atraer a una trampa a muchos hombres. Pero nunca a una trampa tan terrible como la que tendió a un hombre en el pantano al que, aparentemente con benéfico afán, le puso su mejor traje.

—Bueno —dijo Grimes con benevolencia—, ahora que nos ha dado la pista, es probable que podamos demostrarlo todo, puesto que al preso es seguro que le han tomado las huellas dactilares.

El padre Brown inclinó la cabeza con un vago gesto como de respeto y consideración.

—Naturalmente —dijo—, a sir Archer Anderson jamás le habrán tomado las huellas dactilares. ¡Por supuesto que no, a un hombre de su posición!

—La verdad es —dijo Wicks— que nadie parece conocer mucho sobre él, ni sus huellas dactilares, ni otras muchas cosas. Cuando comencé a estudiar su vida, tuve que empezar con un mapa vacío que posteriormente se transformó en un laberinto. Casualmente entiendo bastante de estos laberintos, pero éste era más laberíntico que los otros.

—Para mí todo eso es un laberinto —dijo el sacerdote con un suspiro—, ya mencioné que no entiendo nada de todos estos asuntos financieros. Lo único que

tenía claro era el tipo de hombre que se sentaba ante mí. Y estaba seguro de que era demasiado asustadizo y nervioso para ser un estafador.

Notas

[1] Publicado en *The Premier Magazine* en 1914. <<

[2] Publicado en *The Strand Magazine* en 1936. <<

[3] En inglés mora, morado. <<

[4] Hamlet en inglés significa aldea, pueblucho. <<

[5] Encontrado entre los papeles de Chesterton tras su muerte, en 1936. <<